

La Ilustración Artística

Año XXXII

BARCELONA 15 DE DICIEMBRE DE 1913

Núm. 1.668



MELODÍA, cuadro del notable pintor italiano Tranquillo Cremona

que recientemente ha expuesto una colección de sus obras en una galería de Milán. (Véase la página 812.)

(De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *La previsión del aya*, por Emilio de Rueda. - *Obras del pintor Tranquillo Cremona*. - S. M. *el rey D. Alfonso XIII en Austria*. - *El pintor Fernando Pérez*. - *El general Marina en Madrid*. - *El cardenal Luis Oreglia*. - *El jalifa de Tetuán*. - Madrid. *El exultán Muley Hafid*. - *Camila Marbó*. - *Una plancha conmemorativa*. - *Los hermanos Mannesmann*. - Juan Bartels. - Madrid. *«Ceia en los infiernos»*. - D. Enrique Deschamps. - Madrid. *«El amor bandolero»*. - *Gil de Claircoeur* (novela). - *Los ruidosos incidentales de Savigne*. - Barcelona. *Entierro del Dr. Laguarda*.

Grabados. - *Me'odia; Cariño infantil; El halconero; Como la hiedra; Enojo y soberbia*, cuadros de T. Cremona. - Dibujo de Mas y Fondevila, que ilustra el cuento *La previsión del aya*. - *El aguador*, escultura de V. Gemito. - *Los hermanos Mannesmann*. - *Una mendiga; En la rlaya*, cuadros de Juan Bartels. - *Notas de Austria, Madrid, Tetuán, París, A emilia y Barcelona*.

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

El miércoles, día 3 del actual, pasó a mejor vida el obispo de Barcelona Dr. D. Juan José Laguarda, uno de los más jóvenes del episcopado español aun en el instante de su muerte, con todo y llevar ya más de catorce años de consagración, desde que fué creado obispo auxiliar de Toledo, con el título de Tinópolis. Cuarenta y siete contaba ahora el Dr. Laguarda y las principales efemérides de su vida externa pueden resumirse en la forma siguiente:

Nació en la ciudad de Valencia el día 22 de abril de 1866 y fué bautizado en la iglesia parroquial de San Esteban y en la misma pila que San Vicente Ferrer. Fué hijo de unos modestos y honrados industriales y desde su primera infancia se distinguió por su piedad y aplicación. Cuando no contaba más que catorce años fué llamado a Almería por el obispo de esa diócesis, valenciano ilustre también, que se propuso proteger al aventajado adolescente y dedicarlo al sacerdocio. Pero, restituido éste a Valencia por motivos de salud, cursó el bachillerato y después la licenciatura en Derecho, en Teología y en Cánones, con las mejores notas y habiendo ganado una de las primeras becas del Seminario Conciliar valentino.

Ordenado sacerdote, las primicias de su ministerio las obtuvo el servicio parroquial, desempeñando el modesto cargo de coadjutor en la parroquia de Chulilla. Pero a los pocos meses fué nombrado prefecto del Seminario y después profesor, explicando durante ocho años las asignaturas de Metafísica, Derecho y Economía Política. Cuando fué promovido a la Silla de Valencia el Ilmo. P. Sancha, le nombró su mayordomo y le hizo también fiscal de su curia; y con él pasó a Toledo, más tarde, para desempeñar el Provisorato y Vicaría general. León XIII, a petición del cardenal Sancha, le creó obispo auxiliar de Toledo, en Consistorio de 19 de junio de 1899. En junio de 1902 pasó a regentar en propiedad la diócesis de Urgel, y el Principado de Andorra conjuntamente con el jefe del Estado francés, como sucesor de los derechos de soberanía que correspondieron a los antiguos condes de Foix.

De su celo en promover y fomentar los intereses espirituales y temporales de los diocesanos, dan testimonio constante el afecto con que éstos y el co-Príncipe, Presidente de la República Francesa, le distinguieron; la visita pastoral, cumplida con diligencia rigurosa en país tan difícil; la instalación de una red telegráfica y telefónica extendida a todo el valle; la construcción de una carretera desde la Seo de Urgel a la frontera de Francia; la franquicia que obtuvo para la introducción en España del ganado de aquellos valles y la creación del Instituto Obrero de Urgel, de la Caja de Crédito Popular, de los Sindicatos Agrícolas de Guisona, Tremp y Pons, y otra porción de iniciativas que vinieron a inaugurar su apostolado social infatigable. De la Seo de Urgel pasó a Jaén en mayo de 1907 y de allí, por último, a la Sede de Barcelona en el otoño de 1909.

* *

Cuando el Dr. Laguarda hizo su entrada en Barcelona, hallóla en uno de aquellos momentos patéticos e inolvidables que dejan hondo surco en la historia y, que si abaten a los débiles y embrutecen a los corrompidos, sirven en cambio para elevar los espíritus predestinados a grandes cosas y fortalecer su temple.

Era después de la semana sangrienta de julio de 1909. Duraban el marasmo, la confusión, la depresión de alma que sucedieron a aquellas abominaciones y escenas deplorabilísimas. Quedaba un resto de estupor en las miradas, una contracción dolorosa en las fisonomías, el luto en muchos hogares, la dispersión para infinidad de familias sumidas en la

indigencia. Las calles y los edificios ostentaban aún la huella del estrago: paredes melladas por los proyectiles, empedrados mal recompuestos después de la remoción de las barricadas, columnas de faroles rotas y sin reponer, barandillas mutiladas, postes caídos. Quedaban todavía por esas mismas calles, con su fusil al hombro, las patrullas de la fuerza pública. Cuarenta, cincuenta edificios: iglesias, conventos, asilos, sanatorios, bibliotecas, habían sido destruidos por las llamas.

Aquí quedaba enhiesta una pared y, por sus aberturas sin puertas, se descubría el cielo entre un marco de piedra ennegrecido por el humo. Más lejos se advertían los últimos escombros de lo que fué soberbia fábrica y los alvéolos vacíos de las profanadas sepulturas monacales. Allí donde el templo siete veces secular quedaba en pie, enseñaba sus ventanales sin vidrios, sus altares sin cruces y sin efigies, sus muros en desnudez, su tesoro saqueado, sus viejos retablos convertidos en cenizas y su bóveda hendida por ancha grieta a través de la cual pasaba la piadosa caricia de la luz posándose sobre los vestigios del sacrilegio, sobre las losas calcinadas y las lámparas extintas.

En uno de esos templos reconciliados con la fe de Cristo después de la profanación y la turbulencia, oyendo misa como pudieran en las Catacumbas los primitivos creyentes bajo el agobio de las persecuciones de Diocleciano, recibió Maragall (aquel gran espíritu que entonces alentaba todavía para gloria nuestra), recibió, digo, una inspiración suprema y de lo alto que con mano presurosa trasladó al papel y el papel ha de transmitir sin duda a la posteridad. Refiérome a la página que tituló *Iglesia cremada*, en la cual palpitan tantas y tan profundas cosas: la desolación de los días expiatorios, la purificación por el dolor que sublima y acrisola las creencias, un retorno a la *verdad* de la fe probada por el martirio y sellada con la púrpura de las inmolaciones, un anhelo insaciable de confraternidad, de caridad, de reconciliación. Aquella paz a los hombres, en suma, y aquella gloria a Dios en las alturas que resuena de uno a otro confín, en el cántico inmortal y más glorioso de nuestra ley cristiana.

* *

Tal era el momento en que el Dr. Laguarda vino a Barcelona, encargándose personalmente de su diócesis y se diría que ese espíritu, condensado y recogido por Maragall en un documento literario que, aun destinado a execrarle, hace demasiado honor al suceso, se transfundió íntegramente al alma del nuevo pastor. El Dr. Laguarda fué, en realidad, el pastor, el prelado de esa hora trágica y sublime. Se puso desde el primer instante a la altura de las circunstancias, y abarcó su vista toda la magnitud de la devastación, en lo material y en lo espiritual, en las calles y en las conciencias. Fué el ministro providente de la restauración en los edificios asolados y en los corazones afligidos por el espanto o enfurecidos por una ráfaga infernal. Su mano fué la mano que cicatriza, que acomoda y encaja de nuevo los fragmentos rotos que vierte el bálsamo y pone la vena.

Ni se sintió tan sólo pastor de los perseguidos, sino también de los perseguidores, de los obcecados, de los perturbados de toda la grey, así en su parte dócil y resignada como en la dispersa, rebelde e iracunda. Con la amplitud de inteligencia de Balmes, con el dulce fuego y suavidad de Lacordaire, ocupó su puesto en circunstancias tan espinosas sin que le apartaran de su propósito ni la sugestión de un ambiente propicio a las reservas cuando no a las represalias, ni la misma audacia agresiva de los propios revolucionarios trabajando incesantemente para un próximo desquite. En la huelga de los ferroviarios, por ejemplo, se hizo patente esta ecuanimidad suya y en todo momento procuró abstraer a la Iglesia, amparo de los humildes y refugio y consolación de los desheredados, a esa nota de sostén de la plutocracia y de *instrumentum regni* con que pretenden a menudo infamarla sus detractores.

Tenía el Dr. Laguarda una interesante figura, de eclesiástico realmente digno de su excelsa misión. En su palidez intensa, como de hombre amagado de peligro mortal, revelábase la nobleza de su preocupación y de sus dolorosas cavilaciones. En su palabra eficaz y llena de afecto, que llegaba por igual a los grandes y a los humildes, latía el acento de la verdadera unción religiosa. Bajo sus formas corteses y de apacible gravedad se escondía un alma dispuesta al heroísmo y consagrada al deber; un temple digno del óleo santo que había ungido e inflamado sus sienes; uno de aquellos espíritus que se ponen al tono de las más difíciles situaciones y que,

si llega el caso, saben morir, no para enfurecer a los hombres y azuzarlos unos contra otros en sus discordias, sino interponiéndose como Monseñor Affre entre las barricadas del 48, o inmolándose como Monseñor Darbois, a manera de víctima propiciatoria en los furores de la *Commune*.

He aquí por qué su recuerdo irá unido en la historia de la Iglesia de Cataluña a días de prueba y persecución, como va unido el arco de la Alianza a la tempestad que se aleja, serenándose el cielo poco a poco y temblando en las hojas de los árboles las gotas de la lluvia, como un llanto de reconciliación. Y tanto como en las lápidas conmemorativas de los monumentos restaurados vivirá su memoria en la de las gentes como un grato olor de violetas que perfuman, invisibles, en la obscuridad y en el silencio.

* *

Menos de cuatro años ha venido a durar de hecho, su gestión pastoral al frente de esta diócesis y a pesar de eso o, mejor dicho, por eso asombra la inmensa labor religiosa, social o simplemente administrativa que aquí llevó a término. Anunció al llegar que sus propósitos se reducían en uno solo, muy modestamente expresado:

- Vengo, dijo, a trabajar para que se amen mis diocesanos unos a otros y a reverdecir su fe.

Como auxiliares e instrumentos de su obra puso en primer término la Junta Diocesana de Acción Católica constituida con los elementos eclesiásticos y seglares más valiosos de esta ciudad, lo mismo que las Juntas parroquiales que alcanzan actualmente en esta diócesis la suma de 259. Con ayuda de tan valiosos auxiliares pudo desarrollar una porción de proyectos y actos de cultura religiosa y nacional, verdaderamente dignos de nuestro tiempo y a los cuales no estábamos acostumbrados. Sirvan de ejemplo la V Semana Social en 1910, fecunda en iniciativas para la organización y mejora del obrero cristiano; el Congreso de Música Sagrada que de una manera tan brillante se realizó el año anterior; la fundación del montepío para el clero; la Asamblea de Juventudes Marianas; las fiestas de canonización de San José Oriol; todo el año jubilar del Centenario de Constantino, en toda la diócesis: las fiestas de la Fe, de la Patria y de la Caridad; el Certamen Escolar de la Doctrina Cristiana y, últimamente, el Congreso del Arte Cristiano y la Exposición de Cruces que resultaron una manifestación artística de la mayor trascendencia.

Por tan múltiples y variadas iniciativas de carácter social, avivó el sentimiento religioso en los fieles, atrajo la colaboración de los vacilantes o tibios y aun interesó a los escépticos. A esta labor abrumadora para tan corto tiempo hay que añadir la que por sí misma supone el gobierno de una diócesis tan complicada como la de Barcelona, y, sobre todo, el deber en que se halló de atender a las necesidades y estragos producidos por la expresada semana de julio: iglesias, conventos, oratorios y asilos destruidos por completo o en puras ruinas; centenares de niños o de desvalidos en la calle y sin acomodo; templos desprovistos de objetos litúrgicos o privados de los títulos de la Deuda, cuyos rendimientos eran parte principalísima de su dotación.

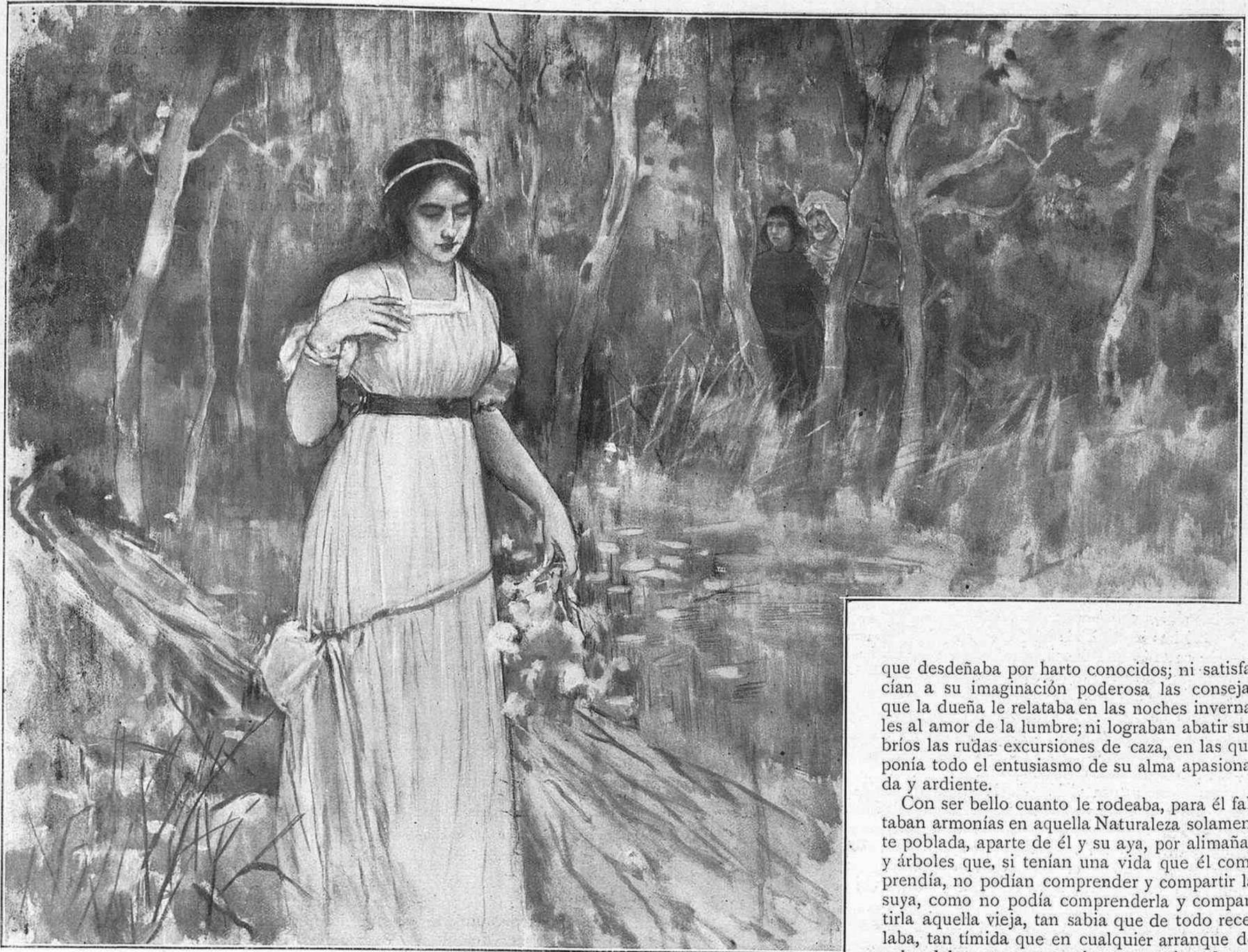
A todo hubo que atender piedra por piedra, ladrillo por ladrillo, lámpara por lámpara. A todo. Hacía dos semanas apenas que se había inaugurado la iglesia parroquial del Carmen, símbolo y fruto de esta labor constructiva y regeneradora. Era la hija predilecta de su pontificado. Fué consagrada e inaugurada con excepcional solemnidad y allí aceptó el doctor Laguarda la honrosa sepultura que sus feligreses le ofrecieron agradecidos y eternecidos por tanta solicitud, muy ajenos de pensar que tan pronto la ocupara.

Allí reposa ya, después de haber conmovido a Barcelona con las alternativas de su brusca gravedad, de sus ligeras mejorías y de sus últimos momentos edificantes y llenos de resignación. He aquí, pues, un nombre ilustre que ha pasado por la historia de Cataluña y que, en menos de cuatro años, ha dejado larga estela de beneficios y remociones evangélicas. Como si esos cuatro años hubieran sido cuarenta.

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA PREVISIÓN DEL AYA, POR EMILIO DE RUEDA Y MAESTRO, dibujo de Mas y Fondevila



... avanzaba lentamente una doncella gentil...

En tierras del Norte, tierras legendarias, hay un monte rodeado de bosques espesos y en el monte unas peñas, testigos – según los sabios –, de alguna revolución geológica y de tremendas luchas prehistóricas, testimonio – según los poetas –, de fabulosas hazañas de olvidados héroes.

Entre aquellas peñas hay una que semeja dos cuerpos humanos caídos el uno sobre el otro: esta peña tiene una leyenda que os voy a contar como me la contaron.

* * *

Dicen que en el monte hubo, allá por los tiempos de la leyenda, un castillo y que en el castillo vivía un príncipe, huérfano ya en los días de su primera infancia, sin otra compañía que la de una dueña que le había visto nacer y le servía de aya. Y añaden los que esto dicen que era la dueña gran sabidora de cosas de la vida y tenía sus puntas y ribetes de hechicera.

Desde muy niño mostró el príncipe un espíritu inquieto, ansioso de conocerlo y de saberlo todo. Tal vez su afán de saber le llevó en ocasiones a deshojar alguna flor cogida en los jardines del castillo o a destrozarse entre sus dedos infantiles cualquier lindo juguete que le donara su aya y compañera, la cual – viendo tales destrozos y achacándolos a crueldad y mal instinto del príncipe – llegó a creer que sobre él debía pesar alguna negra maldición que le impulsaba a destruir todo aquello a que su mano alcanzase, hasta lo que pudiera servirle de distracción o de placer.

Y como el aya adoraba al príncipe y anhelaba verle feliz, dió en pensar con horror en el día en que, siendo ya hombre, saliese del castillo y se fuese por esos mundos y por esas cortes llevando en su alma el ansia maldita de saberlo todo, que para la dueña equivalía a destruirlo todo.

Con el fin de evitar en lo posible las desgracias que para el niño adorado preveía, imaginó rodear el monte en que el castillo se asentaba de bosques impenetrables que obligaran al príncipe a retroceder, si alguna vez llegaba hasta ellos en sus excursiones. Convenció a su discípulo de que fuera de los bosques espesísimos que rodeaban sus dominios no había nada y de que el mundo todo se reducía a aquellos árboles y aquellas peñas que desde lo alto de su castillo divisaba... Y para completar su obra – que ella juzgaba sabia y previsora – una noche mientras él dormía, suavemente, para no despertarle, colocó sobre los ojos del niño una venda, con sutiles hebras tejida, que, gracias a la mágica ciencia de la tejedora, no había de permitirle ya ver las cosas sino como la dueña quisiera; y la colocó tan diestramente que nunca, cuando despierto, podía el vando imaginar que tal artificio llevara sobre sus ojos.

«De este modo – pensaba la dueña – fácil me será evitar que mi príncipe querido sufra y haga sufrir: será eternamente niño y su cruel manía de saber y destruir se limitará a las flores de sus jardines y los pájaros de sus bosques... Y si, por acaso no previsto, saliese de éstos, no acertará a ver sino lo que yo quiera que vea...»

Con tales razonamientos quedóse tranquila la celosa dueña que, impotente para matar en el alma del príncipe aquella inclinación – a su parecer maldita – que mostró desde la infancia, quiso a lo menos quitar, con las ocasiones, los peligros.

Triste pasó la niñez del príncipe, aislado del mundo, ajeno a la amistad, teniendo constantemente ante sus ojos la visión de una vida falseada por la magia de la venda y las consejas del aya. Era ya un lindo mozo y su alma continuaba siendo tan niña como en los días en que a su ansia de saber estaban las flores o los juguetes destrozados por descubrir los misterios que suponía ocultos en el interior de ellos. No se curaba ya de unas ni de otros, a los

que desdeñaba por harto conocidos; ni satisfacían a su imaginación poderosa las consejas que la dueña le relataba en las noches invernales al amor de la lumbre; ni lograban abatir sus bríos las rudas excursiones de caza, en las que ponía todo el entusiasmo de su alma apasionada y ardiente.

Con ser bello cuanto le rodeaba, para él faltaban armonías en aquella Naturaleza solamente poblada, aparte de él y su aya, por alimañas y árboles que, si tenían una vida que él comprendía, no podían comprender y compartir la suya, como no podía comprenderla y compartirla aquella vieja, tan sabia que de todo recibía, tan tímida que en cualquier arranque de valor del mozo encontraba un motivo de espanto.

Aunque tenía ciega fe en su aya, no pudo librarse el joven de pensar que era pequeño aquel mundo que empezaba en su castillo y acababa en sus bosques y, sin conocerla ni haber gozado de ella, añoraba la libertad de otro mundo, que presentía más allá de sus estrechos dominios; y a las veces, en el insomnio de sus noches interminables o en los descansos de sus perpetuas cacerías, sentía en el alma la punzada del deseo que le empujaba a explorar aquella nada del más allá...

Y era su juventud inquieta, como había sido triste su infancia.

La dueña, con ojos agrandados por el cariño y el recelo, veía cuanto pasaba en el espíritu del príncipe amado y cada día se felicitaba más por el buen acuerdo que tuvo cercandole oportunamente los dominios del joven, limitando su experiencia, vendando sus ojos... Mas, no confiada por completo en sus sortilegios y contando siempre con lo imprevisto – que ella sabía bien que influye extraordinariamente en la humana vida – le acompañaba en las más de sus excursiones.

En una de éstas lo imprevisto surgió. Cuando caminaban por una senda florecida discípulo y aya, vió ésta con espanto que, por la misma senda y al encuentro de ellos, avanzaba lentamente una doncella gentil, tan luminosa y bella como lo es siempre el primer ensueño de un primer amor, la cual – sin duda también por mágico arte – había salvado los bosques hasta entonces impenetrables que rodeaban los principescos dominios.

Antes que llegase a verla en su ser verdadero, hizo la dueña que el príncipe, a través de la venda, viese a la mujer como si ésta fuera una bestia hermosa y terrible de la que era forzoso huir a toda costa, so pena de la muerte. El hechizo produjo su efecto: el joven, aterrado, huyó y se refugió en el castillo seguido del aya, feliz por el éxito de su invención, que librara al amado quizás de una gran tristeza y de una gran crueldad.

Mas no tardó en reaccionar la valerosa alma del

príncipe - noble, al fin, como quien era -, que se sintió humillado ante sus propios ojos por haber huido de un peligro sin tener la certeza de que era tal y sin haber intentado hacerse superior a él. Y la voluntad indómita del mozo formuló un deseo vehemente: buscar a la bestia hermosa y terrible, afrontar el riesgo - más tentador cuanto más grande - de verla de cerca, y acometer la aventura, única digna de él que se le había presentado en su lánguida vida de príncipe prisionero en sus dominios, de vencer a la peligrosa bestia y traerla al castillo como trofeo de la victoria.

Convencido de la timidez del aya, disimuló su deseo, que luego fué decisión firmísima, y una alborada, mientras aquella dormía, salió del castillo, llevando prevenida la ballesta y bien provista de saetas la aljaba, y emprendió el camino hacia la parte del monte en que suponía oculta a la bestia. Buscóla con afán, y cuando ya desesperaba de encontrarla, la vió saltando de peña en peña, ajena al peligro, confiada y tranquila.

Un punto turbó el temor el corazón del príncipe y le hizo estremecerse y palpar violento; pero, llamando a todo su valor, pronto fué el mozo dueño de sí mismo. Cauteloso avanzó hasta encontrarse a medio centenar de pasos de la codiciada víctima, armó la ballesta, apuntó con sereno pulso... y la niña, antes de advertir el riesgo, cayó muerta.

Triunfante corrió hacia ella el príncipe, y cargando sobre sus fuertes hombros el divino cuerpo, aun palpitante, partió rápido, camino del castillo.

A poco andar, topóse a la dueña, que en su busca saliera temerosa al despertar y notar su ausencia. Orgulloso de la hazaña, depositó en tierra el bello cuerpo muerto e, inconscientemente cruel, lo mostró a la mágica previsor.

- ¿Qué has hecho?, ciamó ésta.

- He matado a la bestia que, ya lo ves, no era tan temible como me dijiste, puesto que la he vencido sin riesgo alguno.

La intensidad del horror turbó la inteligencia del aya que, en aquel momento, irreflexiva, permitió al príncipe ver, sin los cendales de la venda mágica, la belleza incomparable de la doncella asesinada.

Ante la espantosa visión de la dicha destruída antes que conocida y gozada, un dolor agudísimo substituyó en el alma del joven a la loca, insensata alegría del triunfo... Y no sobrevivió a su dolor: allí quedó muerto sobre el bello cuerpo inerte de la niña, rostro con rostro, boca con boca, pecho con pecho...

Y la dueña, comprendiendo - ¡bien tarde! - su triste error, convirtió a los dos cuerpos en dura roca, que permanece en lo alto del monte y permanecerá siglos y siglos, para ejemplo de ayas que pretendan cegar ojos juveniles con vendas mágicas.

OBRAS DEL PINTOR ITALIANO TRANQUILLO CREMONA

(Véanse los grabados de las páginas 809 y 813.)

Hay algo en el arte que se impone con imperio irresistible y que resiste todas las veleidades de la



El aguador, escultura en bronce de Vicente Gemito que figura en la Galería de Arte Moderno, de Roma. (De fotografía de Vassari, remitida por Carlos Abeniácar.)

moda; y este algo es el sentimiento, cuando es sincero y cuando el artista sabe expresarlo en forma adecuada, sin incurrir en puerilidades ni caer en efectismos. De aquí que haya asuntos que jamás envejecen, como los que se basan en estados anímicos y que aun tratados por los más varios procedimien-

tos, ofrecen siempre ancho campo a nuevas manifestaciones de originalidad.

Díganlo, si no, los cuadros del celebrado pintor italiano Tranquillo Cremona que en el presente número reproducimos. El pintor no ha querido llamar la atención apelando a recursos extraños; ha seguido el camino que otros siguieron, pero en sus lienzos ha sabido imprimir el sello de su personalidad, resultando original en todos ellos, sin esfuerzo alguno, sin más que dejar que su pincel tradujese lo que su corazón sentía.

La técnica de Tranquillo Cremona responde admirablemente a su modo de sentir el arte; hay en ella una delicadeza, una finura, una elegancia que se ajustan perfectamente a la índole de los temas de sus cuadros, en los que se armonizan el idealismo y el realismo formando un conjunto de una belleza cautivadora. Esto explica el éxito que ha obtenido la exposición que de algunas de sus obras ha hecho Tranquillo Cremona en Milán; el público las ha admirado y la crítica les ha dedicado grandes elogios. Nuestros lectores, contemplando las reproducciones que de algunas de ellas publicamos, podrán comprender la justicia de esa admiración y de esos elogios.

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN AUSTRIA

Nuestro monarca ha sido objeto en Austria de un cariñoso recibimiento y de grandes agasajos, de los cuales los más gratos a D. Alfonso fueron sin duda las cacerías organizadas en su honor por su tío el archiduque Federico en sus posesiones de Gross-Seelowitz (Moravia) y a las cuales concurrieron, además de la familia del archiduque, otras altas personalidades de la corte de Viena.

El primer día cobróse 1.200 faisanes, de los cuales el Rey mató 750; por la noche, celebróse un banquete al que asistieron, además de S. M., los archiduques y sus respectivos séquitos, el gobernador y demás autoridades de la provincia. El segundo día cobróse 3.465 piezas, de las que D. Alfonso mató 756. En los días siguientes cobróse 11.407 pasando de 2.000 las que mató el monarca.

Terminada la expedición cinegética, S. M. regresó a Viena, habiendo sido obsequiado con un gran banquete por el archiduque Federico y con un almuerzo de gala por el emperador Francisco José.

El día 2 salió el Rey para París y Londres, dejando en la capital de Austria gratísima impresión y llevándose, a su vez, muy agradables recuerdos por los muchos obsequios y atenciones que en ella le dispensaron la corte y los elementos oficiales, y las cariñosas muestras de simpatía que en todas ocasiones le tributó el pueblo.



S. M. el rey D. Alfonso XIII (x) en la cacería organizada en su honor por su tío, el archiduque Federico de Austria, en Gross-Seelowitz (Moravia). - A la derecha y a la izquierda del monarca están sus primas las duquesas Alicia y María Cristina respectivamente; a su lado, sentada, su tía la archiduquesa Isabel, esposa del archiduque Federico; siguen luego, sentados, el archiduque Federico y sus hijas las archiduquesas Gabriela y Mariana. Los demás personajes son los invitados a la cacería, entre ellos, los yernos del archiduque, príncipe Elis de Borbón y príncipe de Hohenlohe. (De fotografía de Flocek, remitida por Carlos Trampus.)

OBRAS DEL NOTABLE PINTOR ITALIANO TRANQUILLO CREMONA,
EXPUESTAS EN UNA GALERÍA DE MILÁN



CARIÑO INFANTIL



EL HALCONERO



COMO LA HIEDRA



ENOJO Y SOBERBIA

(De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)

EL PINTOR FERNANDO PÉLEZ

Este gran pintor francés era oriundo de una antigua familia española que se estableció en Francia



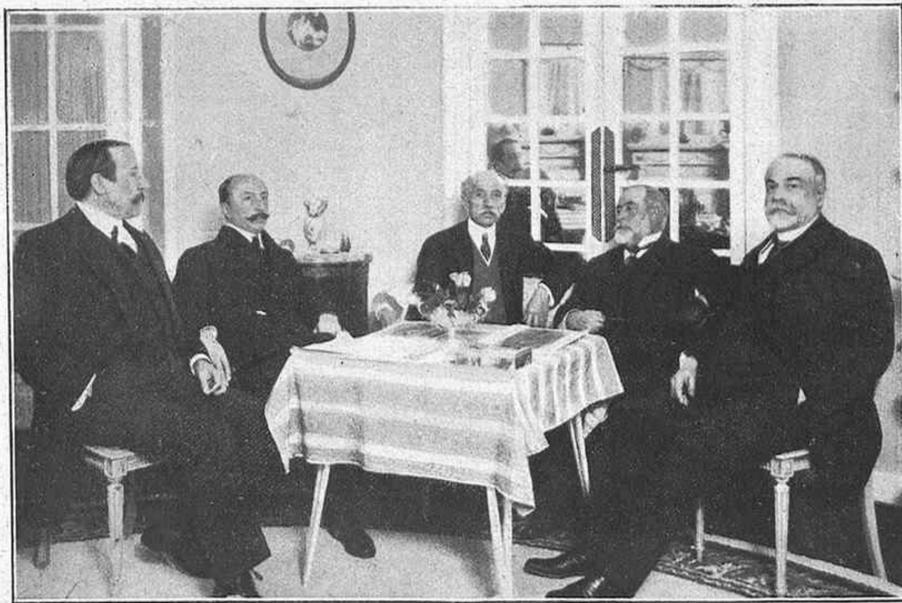
El pintor Fernando Pélez, fallecido en París, en donde se celebra actualmente una exposición de sus principales obras. (De fotografía de Harlingue.)

durante el primer Imperio, habiendo conservado de su raza toda la distinción y la elevación moral que encontramos reflejadas en su obra artística.

A pesar de los muchos éxitos obtenidos, especialmente con su cuadro titulado *Humanidad*, que expuso en 1896 y que dió lugar a grandes polémicas, resolvió encerrarse en su taller para consagrarse por entero a la obra que había soñado.

Murió en medio de sus lienzos que conservaba con celos de verdadero enamorado y que se proponía exponer en el presente año.

Esta exposición, que él no pudo celebrar, la han organizado sus discípulos y se ha inaugurado en Pa-



Madrid. - Interesante conferencia del alto Comisario de España en Marruecos, general Marina, con el presidente del Consejo y los ministros de Estado, Guerra y Marina. (De fotografía de J. Vidal.)

ris el día 6 de este mes. Consta de unos sesenta cuadros y constituye una revelación y al mismo tiempo una glorificación del gran pintor. Ha sido patrocina-

da por un comité que preside la señora duquesa de Uzés y del cual forman parte León Bonnat, miembro del Instituto, el marqués de Les Cazes, Mauricio Barrés y otras eminentes personalidades artísticas y literarias.

EL GENERAL MARINA EN MADRID

Llamado por el Gobierno, ha permanecido algunos días en Madrid el alto comisario en Marruecos general Marina. Este viaje ha dado origen a muchos comentarios y aun a rumores de que el citado general había presentado la dimisión; pero el Gobierno se ha apresurado a desmentir todas cuantas fantasías han circulado a este propósito, y el propio general Marina ha hecho terminantes declaraciones destruyendo las especies propaladas.

Interrogado por un periodista, el alto comisario ha dicho que, siendo un soldado al servicio de España, no se debía a sí mismo y, por consiguiente, permanecería en su puesto mientras lo juzgase conveniente la voluntad nacional representada por el Gobierno. Añadió que había sido llamado por éste para informarle acerca del estado del país marroquí, así como acerca de sus propósitos como representante de España en Marruecos, que no son otros que los que puedan conducir a una paz firme y duradera, y para acordar, con arreglo a los planes políticos del Gabinete, la conducta que allí haya de seguirse. Y manifestó por último que debía confiar con optimismo en los resultados de la diplomacia apoyada por la prestigiosa acción de nuestras armas, pues con ayuda de ambos elementos será en breve un hecho la paz en la zona española de Marruecos.

El Gobierno mantiene gran reserva sobre lo que en las conferencias con el general Marina se ha acordado, habiéndose limitado el Sr. Dato a decir que cuando en este asunto se haya ocupado el Consejo de Ministros, pues hasta ahora las entrevistas han sido solamente entre él, el general Marina y los ministros de Estado, de Guerra y de Marina, se publicaría una nota dando a conocer lo que puede hacerse público de los planes concertados.

EL CARDENAL LUIS OREGLIA

El día 6 de este mes falleció en Roma el cardenal Luis Oreglia de San Stéfano, habiéndole asistido en sus últimos momentos su sobrino y sus familiares.

Había nacido en 9 de julio de 1828 en Bene Vagiennese; era el más anciano de los cardenales y el único que quedaba de los que había elevado a esta dignidad el papa Pío IX quien le concedió el capelo cardenalicio en 22 de diciembre de 1873; en 30 de noviembre de 1896 fué preconizado obispo de Ostia y de Vallettri. Además del decanato del Sacro Colegio ejercía en el Vaticano los cargos de camarlingo y prefecto del ceremonial.

Hacia cuatro años

les, seguido por individuos de su familia, prelados y numerosos altos personajes.

A los funerales de cuerpo presente, asistieron catorce cardenales, el Cuerpo Diplomático, muchos obispos, dignatarios de la corte pontificia y muchas otras personalidades del mundo católico, siendo una grandiosa manifestación de duelo.

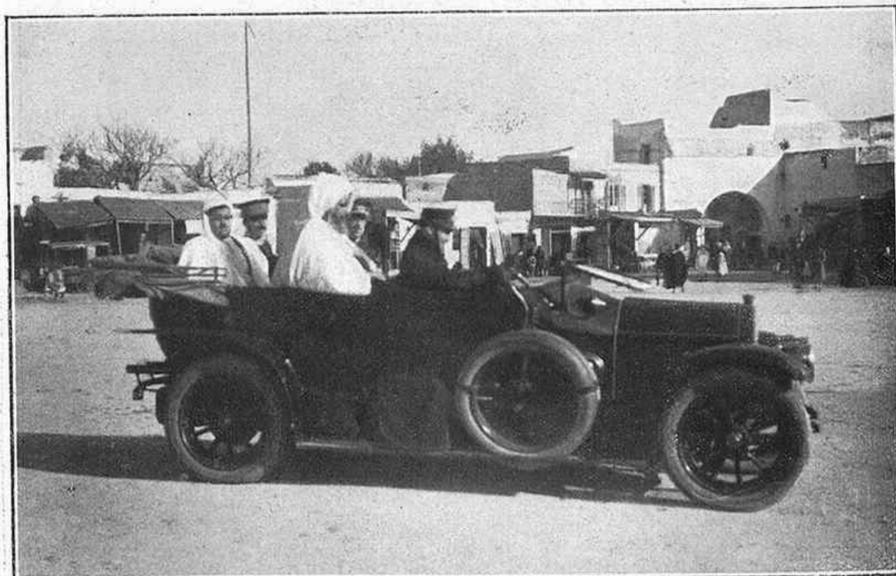


El cardenal Luis Oreglia de San Stéfano, decano del Sacro Colegio, fallecido en Roma el día 6 del actual. (De fotografía de Carlos Abeniagar.)

EL JALIFA DE TETUÁN

El jalifa de Tetuán Muley Mehedy se ha europeizado de poco tiempo a esta parte y empieza ya a hablar castellano. Actualmente está rodeado de personas completamente adictas a España y que lo dirigen muy bien, figurando en primer término entre ellas el doctor García Belenguer, médico-consejero del jalifa.

Otro de sus consejeros más influyentes es el señor



Tetuán. - S. A. el Jalifa Muley Mehedy, acompañado del gran visir, del coronel Barrera y del Dr. Belenguer, dirigiéndose en automóvil a visitar la aduana del río Martín. (De fotografía de A. Rectoret.)

que por su delicadísimo estado de salud no podía abandonar sus habitaciones particulares, haciéndose representar en todos los actos oficiales por el subdecano del Sacro Colegio, el cardenal Vanutelli.

El entierro del cardenal Oreglia efectuóse el día 10. El féretro, colocado sobre una carroza de gala, fué transportado a la iglesia de los Santos Apósto-

Wabón, nieto del renombrado banquero del mismo apellido, de Tánger, hombre de gran fortuna y que constituye un poderoso colaborador del Sr. García Belenguer. Por indicación de éste se le nombró profesor de castellano de Muley Mehedy, quien ha mostrado especiales deseos de aprender nuestro idioma y de que lo aprenda también su hijo Muley Ben Mehedy, que cuenta cinco años de edad.

El jalifa va aficionándose también a nuestros usos y costumbres, siente gran afecto por España y dice que su mayor satisfacción será ver a su hijo, cuando sea hombre, al servicio de nuestro monarca, a quien tiene en gran estima.



Madrid.- Llegada del exsultán de Marruecos Muley Hafid. (De fotografía de J. Vidal.)

MADRID.- EL EXSULTÁN MULEY HAFID

Después de una corta visita a nuestra ciudad, el exsultán de Marruecos Muley Hafid ha permanecido algunas horas en la

señoras de Barratin, Broutelles, Daudet, Dieulafoy, Duclaux, Ferval, Gautier, Gregh, Myriam Harry, Delarne-Mardrus, Peyrebrune, Poradowska, Reval, duquesa de Rohán, Rostand y Severine.

De los diez y siete votos, nueve fueron para Camila Marbó por su novela *La statue voilée*; los otros ocho, para Pablo Luis Garnier, autor de *Les coeurs farouches*. Camila Marbó es muy conocida en el mundo literario parisiense por haber publicado varias novelas encantadoras por el sentimiento de que están impregnadas. Perfeccionó su estilo y su procedimiento en un estudio novelesco que dió al público el año pasado, *Celle qui défait l'amour*. Ahora, con la *La statue voilée*, se ha complacido en pintar cuadros de costumbres, animándolos con el relato de una fábula en alto grado emocionante.

El nombre de Camila Marbó es el seudónimo de la señora Appel, hija del Sr. Appel, miembro del Instituto y decano de la Facultad de Ciencias, y esposa de Emilio Bosel, del Instituto Pasteur y profesor de la Sorbona.

UNA PLANCHA CONMEMORATIVA

La Asociación Schúbert, de Viena, con motivo de la celebración del 50.º aniversario de su fundación, ha hecho modelar por el notable escultor y medallista vienés J. Beyer la plancha que adjunta reproducimos, y en la cual se admira, hermosamente esculpido, el busto del compositor eminente cuyo nombre lleva aquella entidad musical. El nombre de ésta, una lira, las dos fechas de 1863 y 1913 y algunas hojas de laurel completan el bellísimo conjunto decorativo de esta obra.

Con ocasión de este aniversario, el emperador Francisco José de Austria ha regalado a la Asociación Schúbert una rica y artística bandera en la cual hay, bajo la corona imperial, la cifra del soberano rodeada de una corona de laurel, y a los lados, las dos fechas mencionadas. Debajo, hay la siguiente dedicatoria: «Francisco José I a la Asociación Schúbert. Viena.»



Plancha modelada por el escultor vienés J. Beyer con motivo del 50.º aniversario de la fundación de la Asociación Schúbert, de Viena. (De fotografía de Argus.)

LOS HERMANOS MANNESMANN

Gran revuelo han causado en España y aun fuera de ella las gestiones realizadas en la corte por los hermanos Mannesmann. Estos señores, súbditos alemanes y que tienen grandes intereses en Marruecos, han pretendido, desde hace tiempo, servir de mediadores entre nuestros gobiernos y las cabilas marroquíes rebeldes, de las cuales se dicen representantes, para conseguir la paz en la zona española de aquel imperio. Hasta hace poco sus trabajos se llevaban con la mayor reserva, pero últimamente sus pretensiones se han hecho públicas y no sólo el Gobierno sino todos los partidos sin distinción y el país en masa han protestado enérgicamente contra ellas, comprendiendo que, aun en el caso de que los señores Mannesmann contasen realmente con los medios para establecer la paz, las condiciones que proponen para conseguirla son inadmisibles, por cuanto significan el abandono, la anulación de nuestros derechos indiscutibles y, por consiguiente, el desprestigio de nuestra nación a los ojos del mundo entero y la abdicación de nuestra soberanía que los Mannesmann han tratado, desde el primer momento, de poner en entredicho, a pesar de estar solemnemente reconocida y garantizada por tratados internacionales.



La eminente escritora francesa Camila Marbó a quien se ha dado el premio de 5.000 francos de «La Vie Heureuse» por su novela *La statue voilée*. (Fot. Harlingue.)

corte, adonde llegó el 9 por la mañana acompañado del doctor Mann y de cuatro moros que constituyen su servidumbre.

Como Muley Hafid no tiene en España ningún carácter oficial no fueron a recibirle en la estación ni las autoridades ni representación alguna del Gobierno; únicamente el comandante de caballería Sr. Queipo de Llano subió al vagón a saludarle conversando con él durante un cuarto de hora.

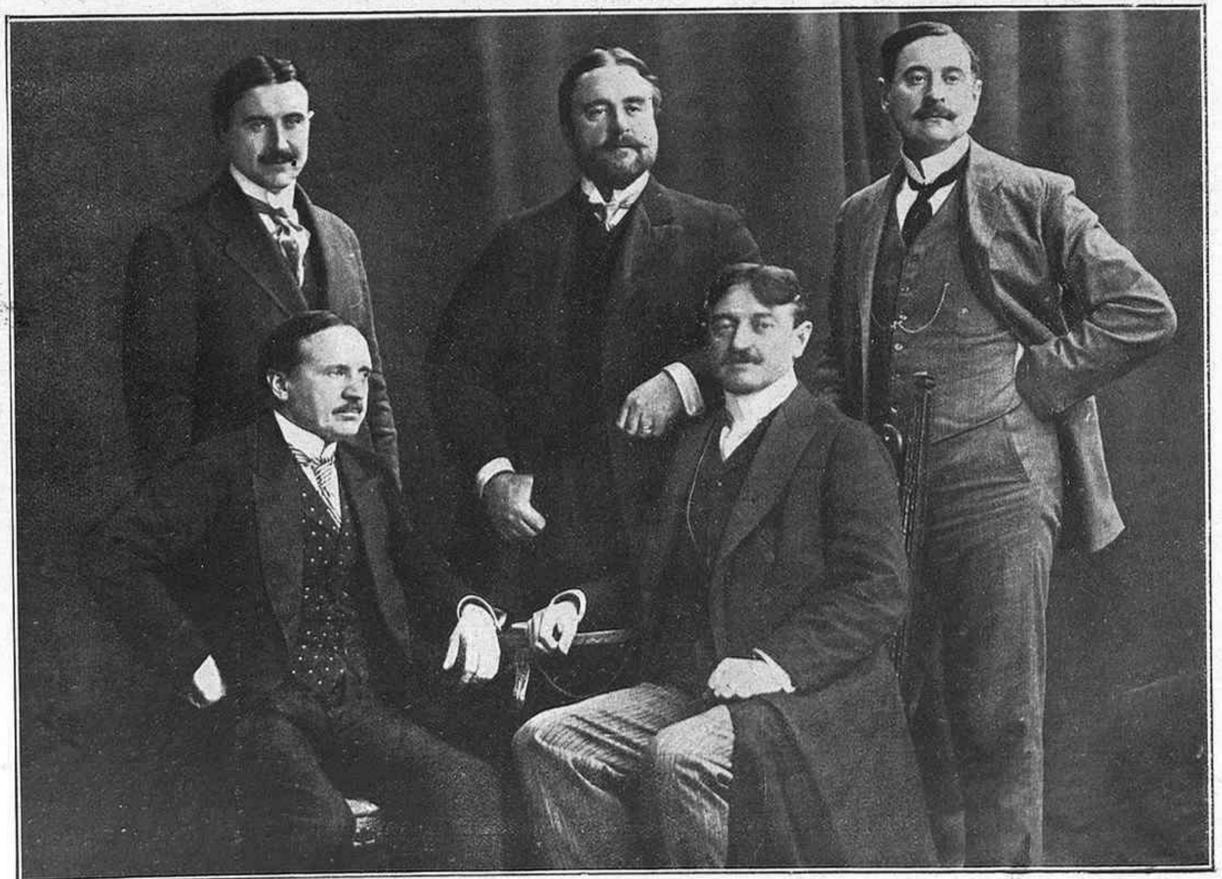
El exsultán hospedóse en el Palace Hotel, en donde le visitó el Sr. Mannesmann, y después de almorzar, dirigióse, en automóvil y acompañado de los señores Mann y Queipo de Llano, al Palacio Real siendo recibido en la Real Inspección. Púsose allí a sus órdenes el jefe de cuarto Sr. Santos, quien, junto con varios ujieres, enseñó a los visitantes los salones de Columnas, del Trono y de Carlos III; la cámara de Gasparini, el gran comedor de gala y por último la Armería. Muley Hafid quedó maravillado de todo y a todo prodigó grandes elogios.

Después recorrió algunas calles, paseó por la Castellana y el Retiro y regresó al hotel, marchando aquella misma noche en el expreso de Andalucía con dirección a Córdoba.

Durante su breve estancia en Madrid, tributó grandes alabanzas a Barcelona y a la corte; se lamentó de que se hallara ausente el Rey, pues dijo que hubiera sido para él una gran satisfacción conocerle y saludarle; confirmó su reciente boda en Egipto con una señorita india y anunció su propósito de publicar en breve varios libros en los que reflajará sus impresiones de viajes y que se imprimirán en El Cairo, editados probablemente por una importante casa extranjera.

CAMILA MARBÓ

Uno de los premios que con más empeño se disputan los literatos franceses es el de la *Vie Heureuse* consistente en 5.000 francos y que se adjudica por un comité de escritoras a la mejor novela publicada durante el año. Preside actualmente el comité la señora de Dornis y a la reunión que en su casa se celebró para la adjudicación concurren, además de ella, las



Los hermanos Mannesmann, de quienes tanto se habla actualmente con motivo de las proposiciones hechas por ellos al gobierno español para la pacificación de la zona española en Marruecos. De los cinco hermanos que figuran en el grupo, uno falleció hace pocos meses. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



UNA MENDIGA, cuadro del eminente pintor alemán Juan Bartels, recientemente fallecido

(Véase la página 818.)

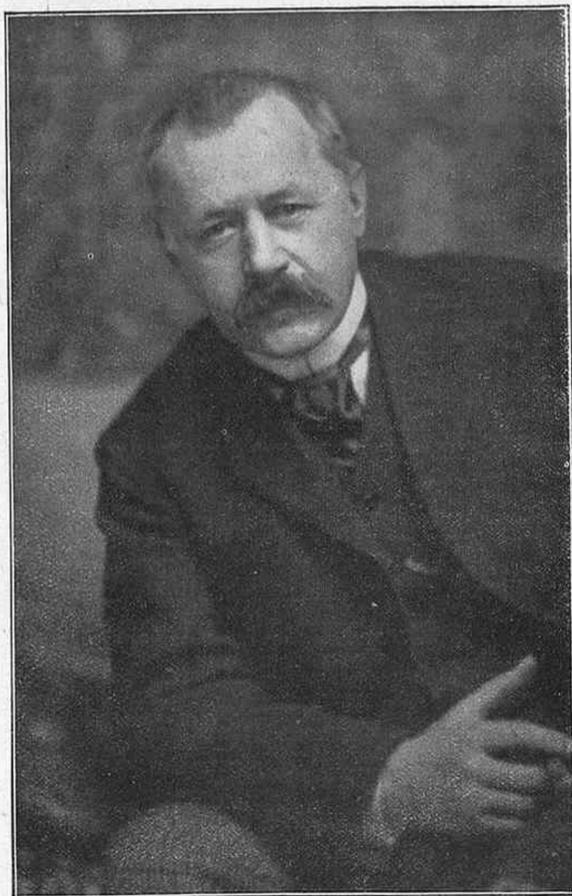


EN LA PLAYA, cuadro del eminente pintor alemán Juan Bartels, recientemente fallecido

(Véase la página 818.)

JUAN BARTELS

Este eminente pintor, recientemente fallecido, nació en Hamburgo en 1856 y después de haber recibido sus primeras lecciones de pintura del célebre artista Carlos Oesterley, completó su educación artística en la Academia de Düsseldorf bajo la dirección del ilustre Adolfo Schweitzer. En 1881 se trasladó



El eminente pintor alemán Juan Bartels, autor de los cuadros que reproducimos en las páginas 816 y 817, fallecido recientemente en Múnich.

a Berlín y en 1885, después de varios viajes de estudio, fijó su residencia en Múnich, en donde ha vivido hasta su muerte.

Sus excursiones por varios países septentrionales diéronle abundantes asuntos para sus primeros cuadros, que desde luego llamaron la atención en Alemania; después recorrió las comarcas marítimas del Sur y pintó el mar azul y las costas de Italia y las escenas de costumbres de sus marineros, y aquellos lienzos produjeron mayor admiración todavía que los anteriores en que reproducía la vida de los mares del Norte.



Madrid.-Una escena del tercer acto de la comedia «Celia en los infiernos», original de D. Benito Pérez Galdós, recientemente estrenada con gran éxito en el teatro Español (De fotografía de J. Vidal.)

El mar era la fuente predilecta de su inspiración, y de cuando en cuando, alternados con los cuadros antes mencionados, pintó algunas vistas del puerto de su ciudad nativa y de las costas de Inglaterra y Francia, por él visitadas en su juventud. También pintaba entonces algunos interiores pintorescos.

Pero poco a poco fueron prevaleciendo en su obra las impresiones que en su ánimo habían producido las marinas y los paisajes de Holanda y con admirable talento supo reproducir cuanto allí habían visto sus ojos y sobre todo cuanto su alma había sentido.

Bartels empezó pintando exclusivamente al óleo, género en el que demostró una facilidad y una seguridad por pocos iguales; pero desde que se estableció en Múnich comenzó a ejercitarse en la pintura al pastel y más aún en la acuarela, por ser ésta la que más se ajustaba a su modo de apreciar los objetos y la que mejor le permitía dar forma a las delicadezas del aire y de la luz que tanto le cautivaban.

En sus obras no se ve al pensador o al poeta, sino al obser-

vador que jamás disfraza la verdad y se limita a reproducir los asuntos tales como a su vista se presentan, demostrando así el culto que sintió por la naturaleza, a la cual amó y cuyas bellezas supo descubrir poniéndose en contacto directo con ella.

Ha sido Bartels uno de los artistas que más y mejor ha producido, siendo conceptuado en su patria como uno de sus marinistas y paisajistas más ilustres y al mismo tiempo como uno de los pintores más fecundos. Ha sido también uno de los que ha sabido resistir con más energía las influencias de la moda en el desenvolvimiento del arte, manteniéndose siempre fiel al género y a los procedimientos dentro de los cuales se manifestó su actividad.

MADRID. - «CELIA EN LOS INFIERNOS»

Esta nueva producción escénica del ilustre novelista y dramaturgo Pérez Galdós, estrenada hace pocas noches en el Teatro Español, ha sido un nuevo y grandioso triunfo para el venerable escritor, en cuyo poderoso ingenio no hacen mella ni el peso de los años ni los achaques y enfermedades. Uno de los más reputados críticos madrileños, hablando de la última obra del popular autor de los *Episodios nacionales*, ha escrito:

«En la media docena de grandes comedias del teatro español contemporáneo merece figurar dignamente, según mi humilde entender, *Celia en los infiernos*. No veíamos, hace bastantes años en las tablas escénicas nada tan vivo, tan vibrante de verdad y de poesía juntamente, ni tan de nuestra tierra, ni donde fueran enlazados con habilidad tan prodigiosa lo sobrenatural y lo pintoresco, el ensueño y la realidad, el hondo pensamiento y la sonrisa.»

Galdós, en esta comedia, plantea el problema del desequilibrio entre pobres y ricos y se inspira en un hondo sentimiento de piedad que le hace reclamar para los desvalidos más que caridad, justicia.

Celia, joven dueña de inmensa fortuna, se enamoró de Germán, un modesto empleado de su casa; mas al saber que éste ha seducido a su hermana de leche Ester, los arroja a ambos a la calle. No tarda, sin embargo, en acosarle el remordimiento y resuelve, aconsejada por su administrador, dejar el cielo de los opulentos en que vive para descender al infierno de los infortunados con objeto de socorrer a los que carecen de todo y también de buscar las huellas de Ester y de Germán. Celia y D. José Pastor, que así se llama su administrador y consejero, recorren, convenientemente disfrazados, casas de dormir, tabernas, fábricas y cafetines, y en un patio de vecindad de los barrios bajos encuentran a un D. Pedro Infinito, memorialista y nigromántico, visionario y embaucador, que es uno de los personajes más hermosamente trazados no sólo en la comedia, sino en toda la obra galdosiana. Por el tal sujeto averiguan Celia y Pastor que Germán y Ester trabajan en una trapería y allá se dirigen para redimir a aquellos dos seres desgraciados. Celia, en un arranque de abnegación, logra acallar el amor que siente todavía por Germán, hace que éste se una en matrimonio con Ester y les hace donación del almacén en que estaban empleados y que ha comprado para ellos. En cuanto a ella, fatalmente sentenciada por el destino para hacer la felicidad de los demás sin ser dichosa nunca, se propone, como supremo fin de su vida, ser la providencia de los pobres y el amparo de los desvalidos.

En la interpretación de la obra sobresalió José Santiago en el papel de D. Pedro Infinito y se distinguieron notablemente Nieves Suárez, María Palou, Amalia Sánchez y Ramona Nieto y los señores Calvo, Sepúlveda y González.

El público aclamó el día del estreno con frenético entusiasmo a Pérez Galdós, obligándole a salir a la escena repetidas veces al final de cada acto y tributándole al terminar la obra una calorosa ovación.

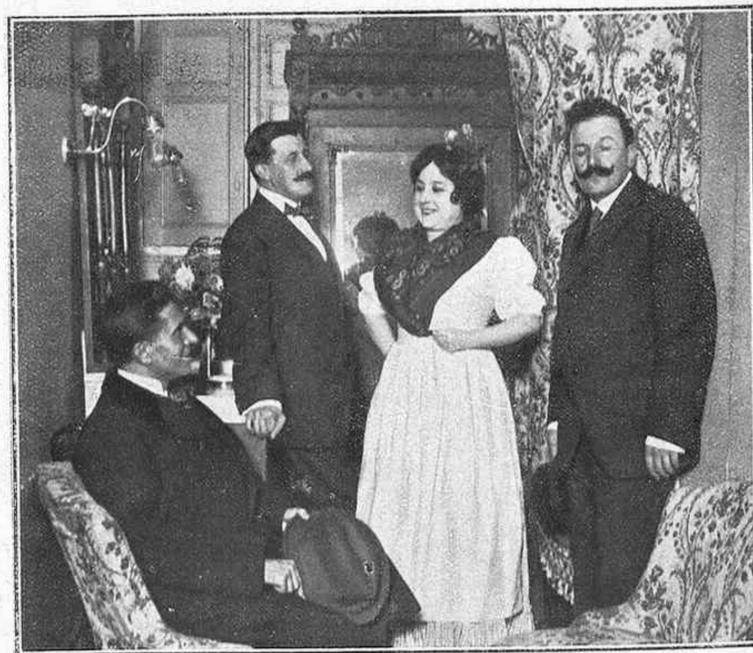
Durante su estancia en Madrid, prosiguió el Sr. Deschamps esta labor meritoria que ahora se dispone a completar estableciendo en París, de acuerdo con los gobiernos americanos, una oficina de información que transmitirá gratuita y diariamente a los principales diarios de España, Francia, Inglaterra, Alemania e Italia las palpitaciones de la vida nacional en cada uno de los países de la América latina. Gracias a esto, cesarán los efectos fatales de las informaciones tendenciosas que actualmente prevalecen en la prensa europea, y se conocerá en el viejo mundo lo que es realmente el nuevo continente y se tendrán noticias verdaderas y exactas de cuantos sucesos importantes allí ocurran, no falseados o tergiversados por la pasión o el interés.



El ilustre diplomático dominicano D. Enrique Deschamps, que actualmente está organizando, de acuerdo con los gobiernos de América, el establecimiento en París de una oficina de información americana. (De fotografía de Siul.)

MADRID. - «EL AMOR BANDOLERO»

Con muy buen éxito se ha estrenado en el teatro de la Zarzuela de Madrid una zarzuela de los hermanos Alvarez Quintero, música de los maestros Bravo y Torres. El libro, como todo lo que sale de la pluma de tan aplaudidos autores, es de fábula entretenida y abunda en chistes de buena ley; la acción se desarrolla en un cortijo y en una venta de Andalucía y los tipos que en la obra intervienen están admirablemente observados. El argumento, compuesto con sobriedad y con un ligero matiz romántico, se reduce al engaño de que se vale un mozo enamorado para llegar a la muchacha objeto de sus amores y a la cual un padre celosísimo trata de substraer por medio de varias estratagemas a la persecución del novio.



Madrid. - Los hermanos D. Serafín y D. Joaquín Alvarez Quintero y el maestro Torres, autores de la zarzuela «El amor bandolero», recientemente estrenada con gran éxito en el teatro de la Zarzuela, felicitando a la Srta. Rodríguez, protagonista de la obra. (De fotografía de J. Vidal.)

D. ENRIQUE DESCHAMPS

Este ilustre hombre público dominicano, cónsul general que ha sido durante mucho tiempo en Barcelona y que hasta hace poco ha ostentado en Madrid la representación diplomática de su país, se dispone a realizar una empresa que coronará su hermosa obra, desde hace tantos años acometida por él con grandes entusiasmos e infatigable perseverancia, de dar a conocer en Europa lo que es y lo que vale no sólo su patria, Santo Domingo, sino la América toda.

En nuestra ciudad estuvo divulgando durante años y años los adelantos de la América española en conferencias públicas, monografías, diarios, revistas y libros. Obra suya fué también el Comité de la Paz en la América latina y poderosamente contribuyó a la fundación y al desarrollo de la Casa de América.

La música de los maestros Bravo y Torres armoniza perfectamente con el ambiente de la obra; es inspiradísima y tiene toda la poesía y toda la espiritualidad del canto andaluz.

En la interpretación de *El amor bandolero* distinguieron: la señorita Rodríguez, la señora Costa y los Sres. Ortas, Marco, López, Beut y Recover.

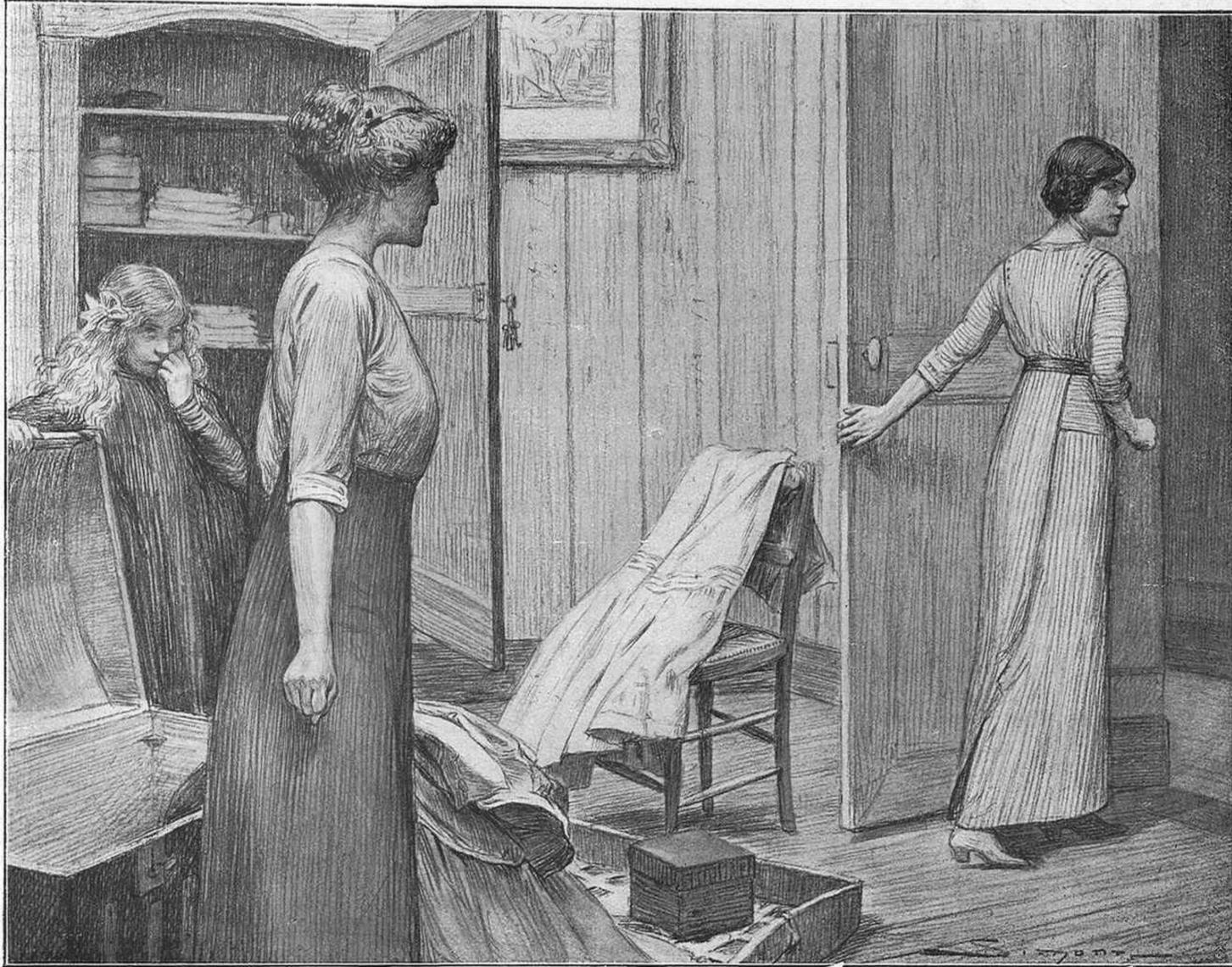
GIL DE CLAIRCOEUR

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

La frase cayó. Fagueyrat, a pesar de su enternecimiento pasajero, no pensaba en acoger las penas ajenas. Las suyas propias, demasiado pesadas para

ello!.. Además... es también la de usted... Ahora, el teatro es usted, usted solo... con... con mi obra. De su voz, de su mirada más hermosa que nunca,

eres es la felicidad. Usted nunca ha sido feliz. ¿Quiere usted probar?.. ¿Qué iba a decir aún?.. El dedo levantado en los



- ¡Sal de aquí!.. ¡Sal de este cuarto!.., gritó la esposa de Teófilo...

su resistencia, no obtenían de él más que sobresaltos de sensibilidad. No consentía en tener inclinada bajo tal peso su alma ligera. Por consideración a la sensibilidad de Claircoeur, que le hacía interesante a sus propios ojos, conseró su aire dolorido. Pero la aspereza de la vanidad herida, la resolución del desquite, se manifestaba ya en notas agrias en medio del arrullo de la alegría, cuando exclamó:

- ¡En fin!.., lo que importa es encontrar, para el papel de su modistilla, una perla, una revelación. Blandina sabrá que se la reemplaza sin dificultad, ventajosamente. ¡Que reviente de envidia!.., es todo lo que deseo.

- ¡Cómo!, exclamó Claircoeur. ¡No es ella la que va a hacer el papel de Lulú!..

- Seguramente que no. Deja el teatro. Sepol no quiere verla en las tablas. Y, como es inmensamente rico...

La novelista callaba, temerosa de mostrar demasiada alegría. Pero, casi en seguida, la exuberancia de sus sentimientos halló su curso. Porque Fagueyrat murmuró:

- Ese Sepol... con quien yo contaba. Héteme, naturalmente, mal con él. Y es poco decir. Porque no sé si podré contenerme de administrarle el castigo que merece. ¡En cuanto a su colaboración pecuniaria, buenas noches! Le tiraré a la cara los fondos que ha puesto en el teatro. Pero es necesario encontrarlos en seguida. Al principio de una empresa, que aun no ha producido más que gastos y ningún beneficio, la cosa es dura.

- ¡Oh! Lo que es por eso, exclamó Claircoeur, no tenga usted ninguna inquietud, amigo mío. ¿No estamos asociados? ¡Cómo!.. Yo soy una egoísta al decirle que la suerte del Louvois y la mía son una misma. Aun deseo unirme más a la suerte del teatro... que será soberbia, usted verá... ¡Estoy segura de

emanaba algo que decía casi más que las palabras.

Fagueyrat comprendió. Rápidas emociones le agitaron. Primero una mortificación con algo de vergüenza; después una tierna gratitud, una especie de respeto nunca experimentado en circunstancias análogas.

Su fatuidad no pafaba. Ninguna veleidad burlesca hacia asomar a sus labios el estremecimiento de una sonrisa. Una especie de dulce fervor le llenó el corazón. Se admiró en el raro y nuevo sentimiento.

¿Iba a verse convertido en una figura caballeresca, él que, desde hacía algún tiempo, evitaba el contemplarse bajo otro aspecto, aunque fuera transitorio y necesario? Entre aquella generosa amiga y él mismo, podía él venir a ser, de pronto y como milagrosamente, el donante más munífico. Sólo inconscientemente, pensó un momento que ello concordaba con su interés. Las voces altas tuvieron en él los acentos de su orgullo, de un benévolo entusiasmo, de los hermosos papeles poéticos repercutidos en su alma, de una simpatía, exaltada hasta la equivocación. Dijo para sí: «Después de todo, ¿por qué no?..

- ¡Es usted adorable!, exclamó cogiendo una mano de Claircoeur, e inclinándose sobre aquella mano para besarla.

- Una mujer no es adorable sino cuando es joven, suspiró la que no conoció adoración alguna, ni en la juventud.

Temblaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

En aquel momento, Gil le pareció de un refugio más seguro, más dulce, que todas las beldades deseables, artificiales o artificiosas, cuya conquista le hubiese embriagado.

- ¿Habla usted de edad?, dijo él. Y su voz musical, su gesto, su mirada, tenían la gracia misma de su contestación. Lo que hace la juventud de las mu-

labios de Claircoeur y un «¡chit!» tierno, pero que él creyó decisivo, lo detuvieron. ¿Cómo aquel fogoso joven, poco acostumbrado a las resistencias, y que se preciaba de crear un milagro de éxtasis, podía comprender la heroica torpeza de semejante mujer?

Trastornada por una emoción demasiado fulminante, temerosa de haber provocado las palabras deliciosas e inesperadas, más azorada que una muchacha en su primer cortejo, se turbó locamente de haberse dejado adivinar. El sitio también la oprimía, la paralizaba, el sitio profano, aquel salón de hotel abierto a todo el mundo.

- Calle usted, mi querido amigo, murmuró en una defensiva de sensatez y de pudor tan involuntaria que el pesar de su corazón la desmentía por lo bajo. No añada usted ni una palabra. Reflexione usted. Hay palabras divinas, que no ganan nada en ser pronunciadas demasiado pronto. Si debe usted decirme las, no quiero deberlas a... la pena que usted me ha confiado... a... a... a nuestra común emoción.

Las últimas palabras se perdieron en una especie de baluceo. Ella no podía resolverse a formularlas. Su repertorio de novelista, que se las proporcionaba, no correspondía a la realidad deslumbradora, dolorosa, mezcla de locura, de sensatez y de terror, que existía en ella.

En sus labios se helaban las pobres sílabas, sin embargo sinceras, pero menos sinceras que el grito contenido de su amor. Creía deber decir las y las dijo mal, porque ahogaban los bellos clamores que tan magníficamente hubiesen brotado. Era preciso que dudase mucho de su rostro para ocultar tan bien su corazón.

Y el joven, desconcertado, no encontraba ya, en aquel rostro, mientras ella razonaba, la gracia que el corazón había puesto en él cuando la razón guardaba silencio.

IX

LUISA ANDRAUX A TEÓFILO ANDRAUX

«Las Glicinas, 14 de agosto.

»Mi querido Teo:

»No has podido adelantar tus vacaciones; ¡sea! Ni mi seguridad y la de Lilia, ni la salud de Bernardo – porque espero que nos traerás a ese pobre muchacho y que no seguirás desconfiando de sus buenas intenciones – no te han decidido. Pero creo que después de haber leído esta carta harás vivamente tu maleta. Vamos a verte acudir sin demora.

»Al menos no me haré la necia ilusión de que es por mí. Los sustos que paso en este barracón, en que todo cruje, en que las cerraduras han desaparecido – (¡se puede decir que dormimos en pleno bosque, y los bosques de pinos son de una lobreguez!) – el aburrimiento, que me tiene enferma..., todo eso te es muy indiferente.

»Hablemos del aburrimiento. ¡Es una diversión el vivir con una literata! La señora se encierra... La señora escribe... No se la debe estorbar bajo ningún pretexto. Ni un vecino con quien comunicarse, ni un conocido con quien hablar. Los únicos seres humanos que veo se hallan a bordo de los vapores, a cien metros de distancia. Con la mejor voluntad del mundo, no puedo reconocer que me sirvan de compañía. Sin embargo, es la más animada que poseo. ¡Sí, querido! Mirar pasar el vapor de Lucerna... a la ida y a la vuelta...

»Tales son las locas distracciones de tu Luisa, que tanto apego tiene a la sociedad.

»Supongo que no cuentas a Lilia, ni la odiosa perrita, con sus ladridos bruscos capaces de romper el tímpano... ¿La camarera? – una remilgada que te sirve como con tenacillas. ¿La cocinera?, una suiza estúpida, que con frecuencia entiende y hace lo contrario de lo que le digo.

» – ¿Gilberta?, dirás tú.

»¡Paciencia!.. Vamos a hablar de ella, más pronto de lo que quisieras.

»Pero antes de hablar de ella, quiero contestar a tu pregunta: «¿Y la Naturaleza?»

»Pero, ¿qué te has figurado que es la Naturaleza – con N mayúscula? Cuando se la ha visto una vez, está vista. Ni más ni menos. No te contará buenas historias, no te hará tu partida de tresillo, no te proporcionará chistes, para hacer el gracioso en tu oficina.

»El primer día, dices: «¡Toma! me figuraba que las montañas eran más altas. Pero no es fea, la Naturaleza. ¿Y el lago?.. El de las Buttes-Chaumont (1), pero más grande. Eso, después de todo, puede pasar.» Después, cuando van pasando días, hay algo que te horripila en ese cuadro siempre el mismo. Es como las comedias en que sale la misma decoración en todos los actos. Cada vez que se levanta el telón, ¡pam!, la misma plaza, o el mismo salón, o la misma terraza a la orilla del mar. ¿Tú puedes soportarlo? A mí me ataca los nervios. En el fondo todo el mundo piensa como tu Luisa – que no es tan tonta como quizá alguien se figura. Los que se extasían, que pretenden que esto cambia con el alumbrado – como Gilberta que pone los ojos en blanco a propósito de la mañana, de la tarde, del sol o de la luna – no ven por cinco céntimos más que nosotros. Es una manera de darse tono.

»Pero no sólo por «las lontananzas de color de perla» (es una de sus frases) y las «graciosas nubes de color de rosa», la señorita Gilberta pone los ojos en blanco. Y ahora escucha, mi pobre Teo, lo que va a decirte a venir. Tienes un flaco por tu hija mayor. Después de haberla ignorado cuando era una mocosilla que no te hacía honor te chiflaste por ella porque creció como crecen todas, y te parece mentira que tan guapa moza sea hija tuya. (Allá veremos si sale más a la madre que a ti, si la mala semilla ahoga a la buena.)

»Mi Bernardo y mi Lilia, al menos, son hijos de personas honradas, oro en barras. Mas, por el momento, tú no tienes corazón más que para esa señorita, que encuentras incomparable porque su coquetería la hace parecer una monada, aunque de mal género. ¡Ah!, ¡cómo se conoce que eres hombre, mi pobre Teo!

»Pero todo eso me apena. A causa del disgusto que la pícara va a causarte. ¿Sabes lo que se ha metido en la cabeza?.. O, al menos, lo que le han metido en la cabeza?.. Salir a la escena. ¡Sí, lo que oyes, hacerse cómica!.. Han descubierto – Fagueyrat y esa estafalaria de Claircoeur – que Gilberta representa maravillosamente el papel que le han enseñado, haciéndola ensayar con ellos. ¡Y qué papel!.. El de una

modistilla. Una *midinette* en ciernes, que habla la jerga de taller. ¡Y a eso le llaman literatura!

»Y si no hubiese más que la locura del teatro, que le han dado, a esa pobre chica... Pero temo otra cosa. Y por eso te llamo.

»Pero no quiero que te mueras de ansiedad. Admitamos que aun es tiempo, que no ha sucedido nada de irreparable. He aquí la última algarada, ocurrida ayer, y tú juzgarás:

»Dábamos un paseo – tu hija, su madrina, el inevitable Fagueyrat, Lilia y yo.

»Pero es preciso que me remonte a más atrás. No te he dicho que el director (?..) de las Fantasías Louvois se encuentra en el país. Primero fué a Lucerna, donde «su autora» – como dice – corrió a visitarlo. ¡Como si le tocara a ella el molestarse! ¡Y la visita duró todo un día! Almorzaron juntos. ¡Tenían tantas cosas que decirse! El brillante galán estaba melancólico. Menos irresistible en la vida que en la escena, acababa de ser plantado por su amiga, Blandina Madreselva, o no sé qué planta trepadora. Una desgracia nunca viene sola. La planta trepadora tenía que hacer el papel de modistilla, y abandonaba el papel al mismo tiempo que al actor, empresario y amigo. Complicaciones.

»Fagueyrat quería una «estrella» para reemplazar a su favorita. Escribió a todo el firmamento teatral y vino a instalarse en lo alto del Rigi – probablemente para tener más pronto la contestación de los astros. El Rigi está al lado. Se sube en funicular. Y se baja todavía más de prisa. Todos los días, el tenebroso galán viene aquí. Ensayo escenas, con Claircoeur, a quien aconseja sin cesar: «¡Corte usted, corte usted!», y con Gilberta, para las entradas. (Por más que cortan, nunca se acaba ese maldito drama.) Y como las estrellas se hacen fugaces (estamos a mediados de agosto), rehusando el papel con una unanimidad sorprendente, so pretexto de compromisos anteriores, ¿qué decide nuestro triduo?.. Que la señorita Gilberta Andraux representará a maravilla ese papel de pilluela. Parece que se identifica con él de una manera admirable. ¡Gran honor para la familia! ¿No te imaginas ver nuestro nombre en carteles, cubriendo muros que un aviso engañoso prohíbe ensuciar?.. Ese nombre, que es mío, Teófilo, el de Bernardo, el de Natalia... No eres el único que dispone de él, Sr. Andraux.

»Volvamos al paseo de ayer. Subimos a ese pequeño tren, en que hay que cerrar siempre los ojos, si no quiere una desmayarse al verse suspendida sobre los precipicios. Bajamos hacia la mitad de la montaña. De la estación teníamos que ir a pie a un chalet en que se sirve de merendar – el famoso café con leche del país – que no es malo, a decir verdad, pero que hacen que te revuelva el estómago a fuerza de miel líquida, esa miel que se toma con una espátula de palo y que se escurre por todas partes. ¡Cosa más pegajosa!.. Parece que huele a colmena, a las flores de los Alpes. Lilia ponía miel sobre su manteca, sobre sus manecitas sucias, sobre la mesa, sobre mí, sobre la nariz de Criqueta. ¡Puá!, no hablemos más de esa miel.

»Para ir al chalet, desde donde la vista (¡no puedo decir nada de ella, y con razón!) es muy magnífica, se toma un estrecho sendero, que atraviesa unos prados. – ¡Otra diversión, los cencerros de las vacas! ¡Poesía!.. – ¡Ah! ¡los sustos que me dan esos malditos cuadrúpedos!.. Se echan encima de una, como si una fuese de los suyos. ¡Buenos días, amiga, y adelante! ¡Gilberta las encuentra bonitas!..

»Pero he aquí que ese sendero, en un momento dado, corre al borde de una pendiente muy rápida, pedregosa, al pie de la cual no se sabe qué hay – el vacío, sin duda, el abismo. Figúrate que en el sitio más peligroso, el sendero faltaba. Un desmoronamiento causado por las lluvias... En una palabra, había que andar por aquella pendiente. El cómico y tu hija, que habían tomado mucha delantera – ¡pues! – llegan allí... y atraviesan, sin acordarse de nosotras, rezagadas.

»Yo, ante aquel paso peligroso, declaro a Gil: «Salta usted, si quiere, con Criqueta. Yo prohibo a Lilia que la siga a usted. Y, naturalmente, me quedo con mi hija.» ¡Cosa asombrosa! Claircoeur – que ahora se las echa de joven, pero, ¡de qué manera! y a quien nada detiene – encontró que yo tenía razón. En el fondo, yo creo que temía por Criqueta. Llamamos a los otros, gritando hasta desgañitarnos... ¿Tú crees que nos oyeron, o bien que, no viéndonos, al cabo de un rato retrocedieron? Si eso crees es que no los conoces.

»Dos horas después, si, se nos presentaron en la estación del funicular, donde nos cansábamos de esperar, muertas de fatiga, de impaciencia y de hambre. Habían ido hasta el fin. Habían merendado copiosamente en el chalet. Habían admirado el paisaje. Habían...

»Me detengo, porque tengo un natural que no me gusta hacer juicios temerarios. Pero si a ti te parece que Gilberta pueda extraviarse en las montañas con un cómico, si apruebas que pise las tablas, dilo, di una sola palabra y me daré un punto en la boca sobre el particular. Pero cesaré de conocer a tu hija. Me llevaré a la mía para evitarla semejante ejemplo. Mi Lilia, mi pobre inocente, a quien encontré, una noche, en camisa, sobre mi cama, representando un drama con mi almohadón travesero, que había puesto de pie y del cual se apartaba declamando: «¡Miserable, no cederé a vuestro amor!»

»¡El instinto de la virtud después de todo!

»Quiero suponer que no pasó entre Gilberta y Fagueyrat nada de mayor gravedad que lo ocurrido entre Lilia y el almohadón. Pero todo hace creer que el actor es más persuasivo que un travesero – suizo – ¡y duro!.. ¡como no puedes formarte idea!

»Esto dicho, mi querido Teo, termino esta larga carta. Me he descargado de mi responsabilidad. Te he puesto al corriente de todo. He cumplido con mi deber.

»En la satisfacción de este sentimiento, te envío un beso, Teófilo mío, sintiendo que este beso se pierda en el espacio. Porque, por casto que sea, no deja de emanar de los labios de una esposa ausente de ti desde hace tres semanas. ¡Piénsalo, rey mío, excesivamente amado!

»Tu Luisa.

»P. D. – Si quieres ser amable, no volverás a detenerme, en el entresuelo de nuestra casa, cuando la puerta de la modista está abierta. Te aseguro que se habla de ella en el barrio de los Inválidos. Y su operaria, esa alma de Dios, no es para que se trate con ella todo un jefe de negociado. Te diviertes en decirles de paso alguna tontería y la cosa no pasa de ahí. Estoy segura. No haré a esas personas el honor de estar celosa de ellas. Pero es a causa de la portera.»

X

GILBERTA ANDRAUX A TEÓFILO ANDRAUX

«Las Glicinas, 14 de agosto.

»Mi queridísimo papá:

»Mi carta va a disgustarte. Por esto se me oprime el corazón al tomar la pluma. Pero te ruego, mi querido papá, que no te quedes bajo la primera impresión. Concédeme indulgencia y atención hasta el final. Y aun cuando no encuentre las frases que te hagan comprender bien el estado de alma de tu hija – un estado de alma muy serio, muy valiente y muy leal – te lo aseguro – pues bien, sé bastante bueno para esperar que yo haya hablado contigo, antes de censurarme – sobre todo antes de entristecerte – lo cual sería para mí lo más doloroso.

»Papá, tú sabes que yo creía tener una vocación literaria. Estabas orgulloso de ella. Me estimulabas. Todavía espero que no nos hemos engañado, ni uno ni otro.

»Pero, ahí verás. Lo que una joven de veinte años puede escribir no le produce bastante para comer (aunque siga un régimen para enflaquecer), ni para vestir con toda la sencillez posible. No, papá, aunque sea una escritora genial. Su prosa o sus novelas si algún día han de imponerse al público, no se impondrán más que por dos categorías de intermedios: en primer lugar, el tiempo, que no exigirá comisión más que sobre su energía y su trabajo, de que tendrá que saturarlo largamente; en segundo lugar, los señores editores, directores, críticos y colegas, que quizás le abrirán camino a pesar de la acumulación, de las rivalidades y de los fracasos, pero con la condición de que será «muy amable».

»El tiempo es un intermediario que, sin pedirme que sea «muy amable», sino que trabaje mucho, me conviene más que otros. Pero, en este caso, el tiempo representa al menos unos diez años.

»Durante esos diez años, mi querido papá, quiero sin embargo ganarme la vida. Tanto más, cuanto que, a pesar de sus exigencias, el tiempo no garantiza nada. Puedo dedicarme a la literatura durante diez años, y reconocer al cabo de esta década, que mi literatura no me producirá lo necesario para comprar una chuleta por semestre – lo cual es muy poco (aun con el régimen para adelgazar).

»Mi madrina, que me decía todo esto antes de que la experiencia me lo hubiese demostrado – y que yo no creía, naturalmente – añadía: «Entra en la administración.»

»Pero, papá, entrar en la administración con la idea de hacer todo lo posible para salir de ella, no me parece leal. Por otra parte temo que, una vez entrado, se pierde precisamente la idea de salir. La ru-

(1) Uno de los parques de París. (N. del T.)

tina, el trabajo sin lucha, sin estímulo, sin competencia, los ascensos, los años ganados para el retiro y que nadie quiere haber acumulado en vano - todo eso debe envolver a uno, aflojarlo y fijarlo.

»Además, la vida de oficina no es la vida con la cual pueden hacerse obras vibrantes, ardientes y desgarradoras.

»Mi querido papá, desde que he comulgado con la Naturaleza sublime, desde que he respirado el aire de las alturas, desde que he oído las voces del Espacio y de la Noche, desde que he visto las cumbres nevadas encenderse al alba, una tras otra, como focos de púrpura fuera de la azulada bruma; desde que he llorado de emoción ante esas bellezas inauditas, yo, la pequeña parisiense, que llamaba «mi parque» a un pobre árbol ahilado entre paredes, he comprendido que podía sufrir por el Arte, en la libertad, pero no entorpecerme en la monotonía de los hábitos, donde no existe, donde no se le conoce, donde la seguridad, a la que uno se acostumbra, lo hace olvidar, hace renegar de él, como un merodeador insólito, como un intruso.

»Entonces, papá, en el momento mismo en que yo me desolaba, en que dudaba de todo: de mí, de mis aspiraciones estériles, de los hombres y de sus feos lazos, de los esplendores del estío entre estas montañas demasiado emocionantes, de mis ensueños, sin duda desatinados, y del deber, incomprensible - encontré mi camino. Fué como una revelación, y, al mismo tiempo, como una obligación muy dulce.

»No me atrevo a decirte que había orado, y que me creí casi milagrosamente servida. Te parecerá quizás que hay en esto, de mi parte, una pretensión sacrilega. Tú, que te declaras librepensador, no admitirías que una pobre chica como yo, que no ha perdido la costumbre de juntar las manos y de implorar al Señor invisible, tenga la audacia de mezclar el Cielo con cosas de teatro.

»Porque se trata del teatro. Una intérprete abandona el principal papel del drama de mi madrina. Imposible reemplazarla de un modo satisfactorio, al final de estas vacaciones, cuando la temporada de invierno está organizada en todas partes y firmadas las contrataciones. Un papel que yo sé, que he ensayado con una predilección instintiva, con una especie de presentimiento. Muchas veces, el Sr. Fagueyrat se había admirado, con mi madrina, de lo que él llamaba la precisión y acierto de mis entonaciones, el realismo patético de mi trabajo, mis inspiraciones felices.

»Entonces se me ocurrió una idea. Me ofrecí - temblando, creyendo que iban a reírse de mí.

»Papá..., escucha. El Sr. Fagueyrat está dispuesto a contratarme. En cuanto a mi madrina, se aloca, no sabe qué pensar, me niega su consentimiento mientras no tenga el tuyo. No es que me desaprobe, no, te lo juro. Pero no quiere aceptar esa responsabilidad - sobre todo para contigo.

» - Escribe a tu padre, me ha dicho. Si le expones tus razones como me las has expuesto a mí misma, me extrañará mucho que no te permita al menos una tentativa.»

»La tentativa es un papel en el drama de mi madrina. Si no triunfo en él tanto como esperan, renunciaré a la carrera del teatro. Afirmarme en él como una artista o no volver a pisar las tablas, tal es mi intención. Ya puedes figurarte que no aceptaré, entre bastidores, los reveses, los riesgos, a que me substraigo en el terreno literario, más atrayente, sin embargo, para mí, y menos escandaloso en sus peligros, pero en el que se ha de esperar a veces mucho tiempo para manifestarse.

»¡Oh, mi querido papá!, no temas por tu Gilberta las influencias del medio ambiente que creen muchos fatalmente malsano. Las influencias..., pero la alegría de escribir, de verse en letras de molde, publicada, leída..., impuesta al público... Sí, porque hay personas bastante poderosas para coger a una debutante por la mano y elevarla al mismo puesto que los veteranos de la pluma... Esa influencia, ese arrastramiento, esa embriaguez no me hizo perder la cabeza, papá. ¿Cómo quieres que la pierda, a esta cabecita, muy ignorante, muy modesta, pero también muy erguida, muy firme, gracias a la dignidad, a la honradez y al valor que la sostienen? ¿Cómo quieres que la pierda por el olor de un cuarto de actriz, por el espejismo de las luces, detrás del telón de fondo?

»Papá, te lo suplico; déjame probar una carrera que ya no es considerada - a no ser, quizás, en nuestra portería de Grenelle - como una cosa abominable. (Y aun porque nuestra portera, siendo estéril, no tiene herencia en el Conservatorio.) Recuerda las jóvenes bien educadas, las señoras de la buena sociedad, irreprochables, que han pisado las tablas, ocasional o profesionalmente, durante estos últimos

años. Espera al menos que yo haya representado en el drama de mi madrina. La circunstancia haría aceptar mi proyecto de contrata temporal a las personas más rígidas.

»Para que sepas, sin acusarme de presunción, el servicio que puedo prestar, pregunta la opinión del Sr. Fagueyrat. Él te dirá cómo cree que interpreto el personaje. Mi madrina es del mismo parecer pero no convendrá en ello, por temor de que el interés del drama influya en tu decisión.

»Pero - entre nosotros - , papá, el interés del drama, ¿no debe ser lo primero?... Piensa en lo enorme de la jugada..., en lo muchísimo que arriesga... Soberbia victoria iluminando el presente y el porvenir, o desastre, aniquilando mucho del largo esfuerzo pasado. Piensa con qué ánimo lucharé en ese combate por mi querida madrina, ¡tan buena y tan noble! Piensa en lo que le debo... Todo..., incluso tú, padre mío. Porque, ¿te hubiese yo encontrado, si ella no me hubiese criado para ti, educado para ti, guardado para ti?, si no me hubiese enseñado a respetar tu voluntad, a quererte, durante los años de mi infancia, en que yo esperaba tu vuelta?

»Ella no sabe que te escribo esto. Me cree capaz de no abogar más que por mí misma.

»La culpa es mía. No le he mostrado mucha ternura desde que estamos aquí, en este país admirable - gracias a ella. Pero yo atravesaba una crisis..., ¿cómo diré?... digamos... de neurastenia. Me sentía inútil, incoherente e incapaz. Esta revelación de belleza, en una naturaleza casi demasiado grandiosa, me oprimía, me aniquilaba, al mismo tiempo que me exaltaba.

»Sentir con tanta fuerza, y no poder manifestar nada, ni crear nada que corresponda, aunque sea de lejos, a tan abrumadoras emociones, me exasperaba y me volvía mala. Sí, hasta con mi madrina - esa admirable madrina, cuya superioridad no empiezo a entrever hasta ahora.

»Pero ahora respiro y espero. Las tremendas montañas ya no me aplastan. Me sonríen. Mi alma tiene alas que la elevan hasta sus cumbres. Puedo cumplir mi destino, consagrarme a una obra apasionadora, trabajar a mi gusto, hacer arte, expresar todo lo que permanecía en mí sin expansión, sin llama, sin palabras. Y más tarde, después de haber interpretado los sentimientos de los demás, escribiré, encontraré la forma impresionable de mis propios sentimientos.

»Mi querido papá... Espero tu contestación con una impaciencia que no puedo describirte. ¡Cómo voy a contar las horas, calcular las idas y venidas de los correos, palpar a la vista de tu letra!

»¿Me habrás comprendido? ¿Tendrás confianza en mí?

»¿Qué de cosas podría contarte, para hacerte ver la existencia con mis ojos de muchacha! Ojos claros, que disciernen su camino, y no se dejan engañar por las falsas indicaciones de las encrucijadas.

»Pero las cosas que nos determinan no se cuentan. Porque ya no son, para quien escucha el relato, las monitoras imperiosas, cuyas órdenes han llenado nuestros oídos y cuyos látigos crueles han laceado nuestras espaldas. No son más que anécdotas.

»Contéstame pronto, mi querido papá, contéstame de conformidad con tu corazón, sin escuchar las voces ajenas, que son las de las preocupaciones.

»Te abraza con toda su profunda ternura

»Tu Gilberta.»

«P. D. - En esta carta no te hablo de mamá Luisa, porque hemos pensado, mi madrina y yo, que desde luego debíamos pedirte tu voluntad, ponerte al corriente el primero, por deferencia contigo, mi querido papá.

»No dudo del juicio de mamá Luisa, ni de su afecto por mí - afecto meritorio, que le agradezco. La consultarás, como en todo, y eso me parece perfectamente bien. Dime si debo explicarme con ella, o si prefieres presentarle la cuestión desde tu punto de vista. Quizá tiene alguna idea de mi proyecto, por los elogios - algo intempestivos y demasiado indulgentes - que me han prodigado, delante de ella, mi madrina y el Sr. Fagueyrat, sobre mi manera de declamar. Además, ayer, la suiza que tenemos de cocinera oyó seguramente algunas palabras significativas.

»¡Es cosa inaudita!.. Esa maritornes del cantón de Uri, que habla un dialecto imposible, y nunca parece comprender nuestras órdenes, esa mujer que no nos conocía hace dos semanas y que, dentro de otras dos semanas, cesará toda relación con nosotros para *in eternum*, ¡nos espía!.. Escucha detrás de las puertas... ¿Qué puede importarle el objeto de nuestras conversaciones?

»¿No te parece fantástica esa enfermedad humana de la malicia?... Porque la curiosidad no es más que la proveedora de la malicia. Lo que se procura sorprender no son las buenas acciones.

»Pero he aquí que raciocino y ergoteo.

»Dispensa, papá. No me creas demasiado marisabidilla.

»Tu Gilberta que te envía cordiales besos.»

XI

La tranquila morada de las Glicinas, propia para la dulzura de los ensueños y el encanto de la ternura, conoció los dramas mezquinos, las palabras sin gracia y sin benignidad, las despedidas rabiosas, que disimulan lágrimas de fuego para dejar más seguramente atrás lágrimas de sangre.

No fué culpa de Teófilo. En la terraza de los violados racimos, con una caña de pescar en la mano, fué durante cortos instantes, el más feliz de los hombres. La felicidad entornece. En la satisfacción de llevar a la cocina un balde de agua lleno de relucientes escamas, en el orgullo de ver sobre la mesa del almuerzo su fritada monumental, delante de Fagueyrat, actor célebre y empresario de teatro, que tuvo que confesar que en su vida había podido coger un barbillo, el subjefe sintió aflojar su débil resistencia.

Venido de París para impedir que su hija «pisase las tablas», le concedió - a los postres de aquella comida gloriosa, y a instancias lisonjeras de un maestro de la escena, que pronosticaba a Gilberta el destino de una Mars o de una Rachel - le concedió la autorización de «abrazar la carrera dramática».

Esta autorización, no convenida con Luisa, dejó estupefacta a la señora Andraux. Pero, pasada la estupefacción, esta señora se levantó. Sus ojos indignados dieron la vuelta a los comensales. Reinaba un silencio embarazoso. Luisa se dirigió luego, con paso automático, y como al impulso de una fuerza irresistible, sobrehumana, hacia la pequeña Natalia.

- Mamá, no he tomado postres, gimio la niña, que sentía soplar el viento de una catástrofe.

Sin decir palabra, Luisa levantó en brazos aquella niña de nueve años, que pesaba mucho. Pero los sentimientos sublimes hacen realizar milagros a los músculos. Y se la llevó, huraña, clamando de pronto:

- Ven, inocente de mi alma. ¡También te perderían a ti!..

Como nadie la detuvo ni corrió tras ella, Luisa envió casi en seguida la camarera al comedor a pedir un itinerario de vapores y una guía de ferrocarriles, a fin de manifestar una intención destinada a helar de espanto a las personas que tenían la suerte de saborear una torta de ciruelas, que la cocinera suiza sabía hacer de una manera incomparable, y a sembrar la desesperación entre sus tazas de excelente café.

Como el espanto y la desesperación no se desencadenaron bastante pronto, la señora Andraux encargó a Celina una nueva embajada.

- Diga usted a la señorita Gilberta que tenga la bondad de venir, pues necesito hablar con ella.

La muchacha miró a su padre y luego a su madrina. Ambos contemplaron atentamente los dibujos encarnados de los manteles.

Bernardo, que asistía a la escena, pues había venido de París con su padre, murmuró:

- ¡Anda, Berta!, ve a servir de interlocutora. Eso te formará para el melodrama.

Gilberta fué a encontrar a su madrastra. Ésta había arrastrado su baúl hasta el medio del cuarto. Por el momento, abofeteaba a Lilia, la cual, parando los pescosones con sus brazos cruzados, sollozaba diciendo que no quería partir.

- A ti he querido decirte algo, declaró la dama de Grenelle a la hija mayor de su marido, al ver aparecer a la muchacha radiante de hermosura.

- ¿Qué quiere usted decirme, mamá Luisa?, preguntó la otra con una dulzura no fingida.

- Sé comedianta, ya que tu padre consiente que lo seas. No me importa. Pero como no quiero que tu ejemplo envenene a mi Lilia, te prevengo que no volverás a poner los pies en mi casa.

- ¿Cómo?, exclamó la muchacha palideciendo.

Y miró a su hermanita.

- Te la puedes mirar. No volverás a verla, acentuó Luisa.

En aquel momento, su pecho contraído de furor se dilató y aspiró el aire con delicia. Había descubierto el punto débil de la brillante armadura de felicidad y juventud, por donde inferir una herida.

La presencia de la que Luisa Andraux llamaba interiormente «esa chiquilla», y que no era ya una chiquilla insignificante, despreciable, sino una criatura de elección, una artista, consciente de su gra-

cia, coronada de esperanza, caminando hacia un éxito seguro, hacia ese éxito fulminante y embriagador del teatro, exasperaba a la agria burguesa, la llenaba de un odio envidioso. Pero nunca se lo hubiese confesado a sí misma. Sinceramente se agarraba al pretexto: la inmoralidad de la profesión.

«¡Cómo!», pensaba, «¡toda mi virtud no me habrá proporcionado la centésima parte de las satisfacciones que esa descarada conocerá! ¿Es que yo he pisado las tablas? ¿Es que yo me he exhibido en público?»

El talento que aplauden «sobre las tablas», el encanto que seduce al público... ¡vaya una cosa!.. Y como ella no se había dignado mostrar nada de eso, faltaba la prueba para negárselo.

— Pero, mamá Luisa, pronunció Gilberta, esforzándose, su casa no deja de ser la de papá. ¿Usted no se propone echarme de casa de mi padre?

— Ya veremos. Mientras tanto, no destilarás en el alma de mis hijos tus indignas calumnias. No les contarás que su madre encarga a una cocinera suiza que escuche detrás de las puertas...

— ¿Cómo?

— He leído tu carta a tu padre, tu pérfida postdata.

— Yo no he dicho...

— Lo has insinuado, que es peor.

— Dispense usted, mamá Luisa. No siempre se atenia usted a la cocinera... ¿Qué hizo usted, durante una hora, en el cuarto ropero, contra esa puerta condenada que da al despacho de mi madrina, cuando ésta tuvo aquella larga conversación con el señor Fagueyrat?..

— ¡Sal de aquí!.. ¡Sal de este cuarto!.., gritó la esposa de Teófilo, con un acento y un gesto en que ella se revelaba, hay que reconocerlo, no desprovista de actitudes escénicas.

Entonces se desarrollaron las peripecias de aquella crisis de familia.

Luisa, huraña y muda desde aquel momento, continuó liando sus bártulos. Con la vaga esperanza de que su mujer no iría hasta el fin, Teófilo se instaló de nuevo en la terraza, con sus cañas de pescar y una caja de gusanos, de que estaba muy orgulloso. Mientras enganchaba maquinalmente los gusanos en los anzuelos, su pensamiento se apartaba de su deporte favorito. Repercucian en su oído las palabras de su esposa, llenas de un desdén aplastante:

— ¡Oh!, quédate, tú. No te pido que me acompañes.

Y la seguridad de que se expondría a las peores represalias, si se aprovechase de semejante magnanimidad, le oprimía de pesadumbre.

Después de tomar el café, Fagueyrat se había eclipsado, volviendo a subir en seguida a la cumbre del Rigi, menos distante de lo que él hubiera querido de aquellas Glicinas sacudidas por la tormenta.

Claircoeur puso en obra toda su delicadeza, toda su bondad, toda su lógica, toda su inteligencia, todo lo absurdo de su ternura de corazón, para arreglar las cosas a satisfacción de todo el mundo. Llenóla de estupefacción el descubrir que tantos elementos pacíficos, cuya eficacia hubiera debido ser normalmente doble porque se la debían consideraciones, gratitud y confianza, se convertían en otros tantos explosivos y fulminantes tan pronto como los acercaba al brasero.

Luisa le declaró:

— Puede usted agradecerme que yo no le guarde rencor, pues virtud se necesita para ello. Que su ahijada se pierda, poco me importa. Que yo no la vuelva a ver — como sin duda no la volveré a ver a usted — no es culpa mía: usted lo habrá querido. Pero héteme obligada a ponerme en camino precipitadamente, con espasmos en el corazón que pueden matarme durante el viaje. ¡Y Teófilo...!, sus vacaciones perdidas!.. Yo lo conozco; me seguirá. ¡Pobre amigo!.. Porque, en fin, a pesar de su debilidad por su hija, lo soy todo para él, no ve más que a mí. ¡No faltaría más sino que, con su locura por el teatro — que le costará a usted cara, yo se lo digo — hubiese sembrado la discordia en mi casa, hubiese separado a dos seres tan unidos como Teo y yo!..

Contestar a la dama de Grenelle que las glicinas se secarían a causa de su partida, que lo que más deseaban era seguir abrigando su corazón espasmódico y los ocios de Teófilo... que la felicidad conyugal del matrimonio Andraux sería cultivada, apreciada bajo el emparado de los violados racimos mejor que en ninguna otra parte, hubiera exasperado a dicha dama tanto como las peores insolencias, le hubiera sugerido las más amargas recriminaciones, la hubiera precipitado quizá en convulsiones nerviosas.

Claircoeur tuvo que renunciar a ello.

«Teófilo será más razonable», pensó ella.

Y se dirigió a la terraza.

Pero Teófilo temía toda explicación que lo hubiese conducido a censurar a Luisa o — lo que era peor — a intervenir cerca de ella.

Oyendo pasos, adivinando la proximidad de la conciliadora, la detuvo, sin volver la cabeza, con un gesto de brazo, al mismo tiempo imperioso y desesperado. Apoyó luego su caña de pescar, con mil precauciones, contra la barandilla, retrocedió dos pasos, de puntillas, y murmuró:

— ¡Retírese usted, por favor!.. Están picando. ¡Ni una palabra!.. Imposible hablar ahora.

Y se volvió a su carnada y a sus anzuelos.

En cuanto a Gilberta, ésta dijo a su madrina:

— Déjelos partir. ¿No ve usted que es una suerte para todos? Si se quedaran, además de que la vida sería infernal, papá retiraría seguramente, antes de que transcurrieran dos días, la autorización que ha dado. Su mujer no pararía hasta hacerle desdecirse. Yo seré mayor de edad dentro de unas cuantas semanas. Pero sentiría mucho entrar en lucha contra mi pobre padre.

La joven añadió:

— ¡Cómo ha descubierto su carácter, la amable Luisa! ¡Y decir que por la opinión de semejantes personas, yo podría malbaratar mi vida!

— ¿Y tu hermano? ¿Sabes dónde está? ¿Nos lo dejarán?, preguntó Claircoeur.

Gilberta meneó la cabeza — ignorante o indiferente — y se fué a estudiar su papel.

Bernardo había querido pescar al lado de su padre. Pero le faltaba paciencia. Durante un rato, se divirtió echando peces vivos, por encima de la empalizada, a un gato vagabundo. El felino, atraído por la presa, saltó sobre el reborde de la tapia. Desde allí, sus ojos, que a la luz parecían dos cequíes de oro, y que parecían no mirar en la fijeza de su brillo, acechaba las presas. Cuando una forma salía del agua, danzando al extremo del bramante, el felino alargaba el cuello, se agachaba para saltar, retenido por el miedo, pero temblando de avidez. De vez en cuando, Bernardo le tiraba un pez. La víctima, cogida al vuelo, crujía viva entre las mandíbulas del gato. El sobresalto de su cuerpo y de su cola divertía al cruel muchacho. El felino depositaba luego delante de sí la criatura de plata, decapitada, y la saboreaba, bocado tras bocado. De vez en cuando, se interrumpía para dirigir una mirada de desprecio a Criqueta, la cual, indignada, se ponía derecha al pie de la tapia, injuriando al intruso y a su opíparo e in noble festín.

— Aparta ese gato y ese perro. Y lárgate tú también, gritó al fin Teófilo.

Pues, a cada ladrido furioso, veía alejarse, lago adentro, entre dos aguas, centenares de sombras ágiles.

Desde aquel momento, Bernardo había desaparecido. No se le vió en las Glicinas, a la hora en que el factor del puerto vino a buscar el equipaje con una carretilla. Su madre le esperó en vano para despedirse de él. El vapor pitó. Luisa tuvo que correr para alcanzar a Teófilo, que había tomado la delantera con Claircoeur y Natalia.

— No comprendo a este niño. Debe de ser víctima de algún accidente de montaña..., gimio la madre, jadeante, cuando los alcanzó.

— ¡Bah!, dijo el padre, ha tenido miedo de que nos lo llevásemos.

— No... yo le había dicho...

La señora Andraux se sentía humillada por la falta de consideración de un hijo verdaderamente suyo, educado por ella, y que ella oponía, con su inocente Natalia, a la indomable hija de la «otra».

— Yo cuidaré bien de él, dijo Claircoeur. Y siento vivamente mis queridos amigos...

Quería obligarles a una efusión cuya ausencia le laceraba el corazón.

Pero se iban de las Glicinas como de una posada. Sin una palabra de sentimiento, la besaron maquinalmente. Luisa no se atrevió a substraerse al beso.

— Saludos a su ahijada de nuestra parte, puesto que la señorita no se ha dignado acompañarnos hasta el vapor, lanzó ella a guisa de flecha del Parto.

Iban a quitar la plancha, cuando Lilia, escapando a la mano que la sujetaba, saltó hacia atrás y se echó al cuello de Claircoeur, en medio del clamor de la gente que la creyó al agua:

— Tía Gil, te quiero mucho. Seré tuya, cuando sea grande, más que Gilberta y más que todo el mundo. Te quiero, tía Gil, adiós... Te quiero mucho.

Un hombre cogió a la niña y haciéndola pasar encima de la borda la dejó caer en la cubierta donde echó a llorar. Se volvió, tendió sus bracitos y su carita chorreando lágrimas, y gritó:

— Un besito a Criqueta de mi parte.

Aunque estaba segura de que su madre la pegaría luego, enviaba todos los besos que podía.

Pero ante las exclamaciones admirativas y tiernas de los pasajeros, que encontraban la escena encantadora y proclamaban adorable a la criatura, la señora Andraux se sonrió con una sonrisa sardónica, y guardó en el fondo de su mano los pescozones que tenía vivísimas ganas de aplicar.

A su regreso, Claircoeur, levantando por casualidad la cabeza, vió una cara burlona, encarnada y polvoriento, asomada tranquilamente a un tragaluz de las Glicinas.

¿A qué chiribitil correspondía aquel tragaluz? Gil no lo sabía, pues nunca había subido la escalera del desván.

— Tía Gil, gritó la voz de Bernardo, ¿no podrías enviarme un bock? Hace dos horas que me gargarizo con telarañas.

Al día siguiente, Claircoeur hubiera debido ser feliz. Realizaba al fin su proyecto de trabajo bajo el emparado, en el aislamiento, en la tranquilidad, en la belleza de las cosas.

La tarde avanzaba. La luz solar adquiría una dulzura maravillosa. Las sombras mismas estaban bañadas de un esplendor difuso. Azuladas o violetas, se hundían en los pliegues de las montañas, se cernían sobre las aguas, contra las grandes murallas roqueñas, sin disimular nada de las líneas ni de los colores. No eran sombras sino trozos amortiguados de claridad.

Arriba, abajo, en las lontananzas de la altura y de la distancia, los perfiles de las cumbres, las cúspides nevadas, participaban de la magia de la atmósfera, cesaban de dibujarse como los contornos terrestres, rivalizaban con las vaporosas brumas que ondulaban y se disolvían sobre ellas.

En las laderas inferiores, los bosques de pinos, tan espesos, tan ricos de obscuridad verde y profunda, no llegaban a inscribirse violenta y victoriosamente entre la fantasmagoría de las apariencias. Sumisas igualmente a los caprichos de los rayos de luz, se cubrían de dorado polvo o de azulada espuma según que las visitaba o no el sol.

Más próxima, más humilde, más real, el agua del lago, encerrada en aquel cuadro de magnificencia, descansaba, misteriosa.

La tranquilidad era infinita.

Claircoeur llevó su mesita al ángulo más apartado de la terraza, contra la barandilla, allí donde las ramas de la glicina colgaban con más abundancia.

Hoy nadie la distraería. El papel, la tinta, su mango de pluma preferido, todo estaba dispuesto. La misma Criqueta, sobre un almohadón que una silla de tijera sostenía, la miraba con ojos atentos como para decirle:

«Nuestra intimidad ha vuelto. Ya estás sola otra vez. Yo no me muevo de tu lado.»

Bernardo, el impetuoso muchacho, que quizás no hubiese respetado el trabajo meditativo, había salido de excursión por la mañana.

Un ruido, un solo ruido, bastante confuso, casi indistinto, llegaba de vez en cuando hasta la novelista. A intervalos, se alzaban voces en la casa. Voces, que atravesaban apenas, y raramente, el gran jardín. Voces que el espacio absorbía, que ningún oído, salvo el de Claircoeur, hubiera distinguido a tal distancia. La voz de Fagueyrat haciendo estudiar el papel a Gilberta. La voz de la discípula doblegándose fácilmente a las indicaciones del inteligente maestro.

Sus acentos tan débiles no podían turbar la inspiración de la que escribía. Sin embargo, esta inspiración se mostraba algo rebelde. La pluma no corría sobre el papel. Llegó un momento en que se cayó sobre la cuartilla blanca, como un brioso caballo que se niega, y que luego se cae al franquear el obstáculo.

Claircoeur miró largamente lejos, y después contempló el agua inmediata. Se volvió ligeramente hacia su leal Criqueta, echó una trágica mirada en los ojos inquietos de la perrita, escuchó un instante en religioso silencio el doble eco de las voces, tenue, casi imperceptible, pero distinto para ella en el enorme silencio...

Entonces, inclinando la frente entre sus manos, empezó a llorar, a llorar inagotablemente, pero muy quedo, sin un suspiro..., sin un sollozo..., a llorar, como si toda su vida, todo su corazón, toda su alma chorrearan de ella con sus lágrimas.

Permaneció largo tiempo así, inmóvil.

Ni siquiera notó que Criqueta, después de haber saltado de su almohadón, rascaba suavemente contra ella, con una patita insistente, y que no recibiendo contestación, se echó a sus pies, sobre la orla de su falda.

(Se continuará.)



statthalter de Alsacia-Lorena, conde Wedel, protestando de los atropellos y provocaciones, expresando su indignación y pidiendo con urgencia que se adoptasen las medidas necesarias para dar a los ciudadanos la protección a que tienen legalmente derecho.

El día 3 de este mes comenzó en el Reichstag la discusión de la interpelación de los diputados alsaciano-loreneses que antes hemos reproducido y la del diputado del centro Sr. Fehrenbach. Los debates duraron dos días; en ellos tomaron parte el canciller; el ministro de la Guerra y varios diputados de distintos grupos, y terminaron con un voto de censura al canciller, que fué aprobado por 293 votos contra 54 y 4 abstenciones.

Díjose que a consecuencia de esta votación dimitiría el canciller Bethmann-Hollweg; pero éste, después de haber celebrado una entrevista con el emperador en Donaueschingen, continúa en su puesto y ha declarado que, si no se le obligaba a ello, no volvería a ocuparse en los incidentes de Saverne.

El teniente Forstner parece que se ha dado de baja en el ejército y que se propone estudiar la carrera de Derecho; en cuanto al 99.º regimiento, ha sido trasladado de Saverne a un campo de instrucción de Hagenau.

A pesar de esto, no ha cesado del todo la excitación en Saverne y en otros sitios de Alsacia, menudeando los incidentes desagradables entre el elemento civil y el militar; y en el Reichstag continúan los debates sobre este asunto, dando lugar a discusiones en extremo apasionadas y tumultuosas.



El ministro de la Guerra de Alemania barón de Falkenhayn, contra el cual se han dirigido duros ataques en el Reichstag con motivo de la discusión de los ruidosos incidentes de Saverne. (De fotografía remitida por C. Trampus.)

El canciller del Imperio alemán Sr. Bethmann-Hollweg, a quien el Reichstag ha dado un voto de censura con motivo de la discusión de los ruidosos incidentes de Saverne (Alsacia). (De fotografía de C. Delius.)

LOS RUIDOSOS INCIDENTES DE SAVERNE (ALSACIA)

Un incidente, al parecer insignificante, promovido a principios de noviembre último por un teniente del regimiento 99.º de infantería de guarnición en Saverne, capital de distrito de Alsacia, ha ido adquiriendo poco a poco tales proporciones, que ha estado a punto de ocasionar la dimisión del canciller del Imperio Sr. Bethmann-Hollweg y del ministro de la Guerra barón de Falkenhayn.

El teniente Forstner, dirigiéndose a los reclutas de su regimiento, empleó palabras ofensivas contra los alsacianos; la prensa local refirió y comentó el incidente, y la población, en alto grado excitada, se entregó a tumultuosas manifestaciones, de carácter amenazador para el causante del conflicto.

Pocos días después, el propio teniente, haciendo a su compañía una instrucción sobre la legión extranjera, insultó, según decía un periódico local y confirmaba otro de Estrasburgo, la bandera francesa; sin embargo, abierta una información por el teniente coronel del regimiento a que Forstner pertenece, resultó que el insulto no había sido dirigido contra la bandera, sino contra la legión extranjera francesa. Esto no obstante, los periódicos antes mencionados insistieron en sus afirmaciones y pidieron que para aclarar la verdad fuese el asunto llevado a los tribunales civiles, publicando uno de ellos, al mismo tiempo, las declaraciones anónimas de varios reclutas, quienes por su honor y su conciencia declaraban ser ciertos los conceptos atribuidos por el diario al teniente Forstner.

Estos sucesos fueron llevados a los consejos generales de la Alta y de la Baja Alsacia, que inauguraron por aquel entonces sus sesiones y que aprobaron casi por unanimidad la siguiente moción: «El Consejo general ruega al gobierno del país que insista seriamente cerca del gobierno imperial para que adopte las medidas necesarias para impedir, en lo sucesivo, las provocaciones y las ofensas al pueblo alsacio-lorenés, tales como se han producido en Saverne a consecuencia de un acto indigno de un teniente.»

Después de todo esto, díjose que el teniente Forstner había sido arrestado y trasladado de compañía; pero luego se desmintió tal noticia y en cambio se supo que habían sido reducidos a arresto un sargento mayor y nueve soldados de la compañía de aquel oficial por suponerse que ellos eran quienes habían denunciado a la prensa las frases ofensivas e injuriosas del teniente. Y aunque no se tardó en ponerles en libertad, este nuevo incidente vino a aumentar la excitación que reinaba en Saverne.

Al reanudar el 25 de noviembre sus tareas el Reichstag, los diputados alsaciano-loreneses formularon una interpelación concebida en los siguientes términos: «¿Sabe el canciller del Imperio que en Saverne un oficial del regimiento 99.º ha empleado respecto de los soldados alsaciano-loreneses expresiones excesivamente ofensivas y mortificantes en alto grado para los sentimientos de toda la población, sin que las autoridades militares hayan cuidado de castigar debidamente esta falta? ¿Qué piensa hacer el canciller para proteger a los soldados alsaciano-loreneses contra tales insultos y a toda la población de Alsacia-Lorena contra tales provocaciones?»

Al día siguiente, el general Deimling, comandante del cuerpo de ejército, censuró públicamente en presencia de todos los oficiales al teniente Forstner; pero al mismo tiempo se fijó en los cuarteles una nota recordando a los soldados el deber en que están de guardar el secreto sobre todo lo que afecta al servicio.

En el entretanto, proseguían los disturbios en Saverne, motivando numerosas detenciones, entre ellas las de tres magistrados, y se registraban varios atropellos cometidos por los soldados y de los cuales daban cuenta, censurándolos, los más importantes periódicos alemanes.

El Consejo municipal de Saverne, reunido el 29 de noviembre, adoptó una enérgica resolución que comunicó al emperador y al

Lo mejor para el pelo

Petroleo GAL

BARCELONA. - ENTIERRO DEL OBISPO D. JUAN JOSÉ LAGUARDA



Salida del féretro del palacio episcopal para ser conducido a la Catedral, en donde se celebró un solemne oficio de cuerpo presente
(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Pocas manifestaciones de duelo tan grandiosas, tan imponentes, tan hondamente sentidas ha presenciado nuestra ciudad como la tributada a los restos del que fué sabio y bondadosísimo prelado de la diócesis, el ilustre Dr. Laguarda. Bien puede afirmarse que Barcelona entera, sin distinción de clases, concurrió o se asoció a ella; pues si en el cortejo fúnebre figuraban innumerables representaciones de altas entidades y de corporaciones oficiales y particulares de toda clase, en las calles y en los balcones un gentío enorme, compuesto en su mayoría de gentes de las condiciones más modestas, presenció en actitud del más profundo recogimiento el paso de la comitiva, no siendo pocas las personas que no podían contener sus lágrimas.

Ya en los días que siguieron a la muerte del inolvidable obispo, el pueblo barcelonés demostró de un modo inequívoco los sentimientos que hacia aquél experimentaba, visitando la capilla ardiente en proporciones nunca vistas. Cálculase que fueron más de sesenta mil los que desfilaron por delante del féretro que encerraba el cadáver del Dr. Laguarda.

En las primeras horas de la mañana del día 6, rezáronse en la capilla ardiente varias misas, que se vieron concurridas por gran número de fieles. Poco antes de las nueve, hallábanse reunidas en el palacio episcopal las autoridades, corporaciones, comisiones y altas personalidades; a las nueve llegó el cabildo, con el obispo de la Seo de Urgel Dr. Benlloch, y después que la capilla de música de la Catedral hubo cantado un solemne responso, formóse la comitiva oficial, que, precedida por una sección de la guardia municipal montada, de gran gala, de la banda municipal, de los seminaristas y del Cabildo, dirigióse a la basílica. El féretro, que era muy sencillo, iba conducido por varios individuos de las sociedades católicas del barrio del Carmen.

Durante el oficio, que celebró el obispo Dr. Benlloch, ocuparon sitios en el presbiterio el capitán general, el gobernador civil, el alcalde y los concejales de Barcelona y el Fiscal del Tribunal Supremo; a la derecha, estaban los individuos de la familia del Dr. Laguarda, los

familiares de éste y el personal de la curia eclesiástica; y a la izquierda, una nutrida representación del elemento militar. En el coro se situaron los prelados de Querétaro, Barbastro, Gerona, Lérida y Solsona, que habían venido con objeto de asistir al entierro, y los representantes de los arzobispos de Tarragona y Valencia y del obispo de Vich, que no pudieron concurrir personalmente; los diputados provinciales y las autoridades que no estaban en el presbiterio.

La capilla de música cantó la misa de Réquiem del maestro Gargallo y el canónigo magistral Dr. Mas pronunció una elocuentísima y sentida oración fúnebre, en la que, tomando por tema las palabras del Libro de la Sabiduría «Dentro de una vida breve llenó muchos tiempos», explicó la inmensa labor realizada por el Dr. Laguarda, en poco más de cuatro años, en la diócesis de Barcelona.

Terminada la oración fúnebre, los prelados rezaron recomendaciones por el alma del doctor Laguarda y en seguida fué sacado el féretro y se puso en marcha la comitiva, compuesta de millares de personas y en la cual hallábase representada, como antes decimos, Barcelona entera.

El cortejo se dirigió a la parroquia del Carmen, en donde, por disposición expresa del finado, había de ser enterrado el cadáver del ilustre obispo, a quien se debe la reconstrucción del templo. En la puerta de la iglesia estaban el clero parroquial y las juntas de construcción y obra, y junto al altar mayor destacábase el túmulo, al que daban guardia cuatro municipales. Introducido en el templo el féretro, el obispo de la Seo de Urgel, revestido de pontifical, bendijo el cadáver y luego la sepultura; después se despidió el duelo, se cantó el último responso y se efectuó el sepelio del cadáver en la tumba abierta en la pared, frente al altar mayor.

El último homenaje del pueblo barcelonés a su excelso prelado ha sido digno del varón santo que con sus bondades y virtudes, con su abnegación y su espíritu de sacrificio sin límites supo captarse la adhesión, el cariño, la veneración de todos sus diocesanos.

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. - Calle de Aragón, núm. 255. Barcelona

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. - Aragón, 255, BARCELONA

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

INNSBRUCK, TIROL

ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

Reino de Sajonia.

Technikum Mittweida.

Director: Profesor A. Holz.
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILVORE DUSSE*, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN